



EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 30 de Noviembre de 1911.

Núm. 45.

PÉREZ GALDÓS

Con este título ha publicado *El Liberal* el siguiente artículo:

La gente española, que suele encontrar tiempo, recursos y energías para todo linaje de empresas inútiles, descuida, no obstante, las ocasiones, que pocas veces se le ofrecen, de realzar ante propios y extraños sus más preclaras y auténticas glorias.

Sólo así se concibe que no haya sido todavía honrada como se merece una de las mayores de España; la que hoy, dentro y fuera de los patrios límites, tiene mejor marcado el cuño de las figuras representativas de pueblos.

Días atrás, nuestro querido compañero Pedro de Répide insistió en la idea de que se solicitase en forma el premio Nobel para D. Benito Pérez Galdós. Ya en otra ocasión se había tratado de esto; pero por causas diversas quedó el intento diferido. Algo semejante ha ocurrido ahora, por motivos que, á fuer de sonados, á nadie se ocultan.

No insistimos ni Répide ni nosotros, atendiendo á que en torno de Galdós no podían trabarse competencias; pero, ya descartado el incidente que nos movió á callar, volvemos á nuestra deuda y á nuestro propósito.

Nuestra deuda decimos, cuando, en rigor, es deuda de España. Obligada á saldarla está toda la nación, solicitando ó procurando para quien tanto la enaltece un homenaje universal.

No hay necesidad de especificar y medir la obra colosal llevada á efecto durante un tercio de siglo por ese hombre admirable, que aún hoy continúa mejorándola, á pesar de hallarse valedurinario y casi ciego. La conoce todo el mundo.

Ese monumento, que abarca la novela y el teatro, es tan netamente español, tan artísticamente real y tan noblemente idealista, que le da derecho absoluto á alcanzar por mediación de la patria el premio internacional con que todos los años se consagra á uno de los dioses mayores de la Literatura moderna. Se lo da asimismo á obtener de los suyos alguna otra distinción igualmente extraordinaria.

Hay que honrar y consolar al creador insigne, que en los libros y en las tablas ha sacado á luz una inmensa población espiritual, de cuyos nombres y caracteres nos acordamos todos, como si realmente hubieran vivido, y con los cuales se puede formar un censo tan copioso como el de una gran ciudad; hay que honrar y consolar al vidente que de la historia oficial de los siglos XVIII y XIX ha sabido desentrañar la escondida, la íntima, la verdadera historia. Debemos un homenaje que valga por

una explosión de cariño y de gratitud al glorioso optimista que, no obstante haber ahondado sin duelo en los defectos congénitos de la raza, supo encontrar dentro de ella elementos bastantes para sentir y comunicar una fe viva y consciente en sus destinos futuros.

En el cuerpo, quebrantado por las dolencias más que por los años, continúa alentando una inteligencia perpetuamente lozana y joven, é intensos deben ser el desconsuelo y el desánimo que le cause ese desequilibrio.

Llevémosle, pues, un testimonio del vehemente amor nacional, y hagámosle saber, en medio de su soledad, que España toda le admira y le venera.

No debe de haber en esto preocupaciones de secta ni monopolios de partido.

Pérez Galdós es únicamente un cerebro prodigioso y un espíritu soberano, tan grande aquí, por lo menos, como lo fueron Goethe en Alemania y Tolstoi en Rusia.

Recuerden los españoles que cuando en Italia se trató de rendir un homenaje á Carducci, cuyas ideas nada tenían ciertamente de moderadas, una de las primeras personas que se adhirió al movimiento y que con mayor entusiasmo lo impulsaron fué la reina Margarita, quien, por su condición y su manera de pensar, hallábase á distancia enorme de los criterios políticos y religiosos antes y después mantenidos por el autor del «Himno á Satanás». Ni ella ni nadie veían en Carducci sino al poeta excelso y al Hombre más representativo de Italia.

Acudamos también aquí al pago de una sagrada deuda, sin acordarnos de partidos ni de confesiones.

Y ya propuesta la idea, desentendámonos los republicanos de presidir su desenvolvimiento y su ejecución.

En Pérez Galdós, y sin detrimento de su devoción inquebrantable á los principios, lo esencial es infinitamente superior á lo accidental, y por encima de su significación política estará siempre la soberanía espiritual, acatada en España y en el extranjero.

Podrá ser nuestro el magnífico vaso; el contenido, mucho más excelso, es de todos.

El artículo es hermoso y la idea del homenaje justa y grande. Por lo tanto, me adhiero á ella con todo el alma.

En lo que no creo, es en que debamos invitar á España entera á pagar esa sagrada deuda, sino únicamente á la España noble, honrada y culta. Sería empañar la gloria de Galdós el que figuraran en el homenaje los representantes de esa otra España siniestra, fanática, cruel...

Nada de sombras en el cuadro luminoso de un pueblo que se honra al ren-

dir tributo de admiración á un hombre como Galdós; nada de dar pretexto á los que lo combaten y difaman, y lo hubiesen quemado ya si pudieran, para echárselas hipócritamente de civilizados y tolerantes; nada de confundirnos para una acción levantada con los eternos sembradores de odios que producen lágrimas, sangre, ruinas...

Además, que no necesitamos á nadie los amantes de las ideas redentoras para realizar ese acto grandioso, que deberíamos poner enfrente del Congreso Eucarístico, á fin de que Galdós pasase á la posteridad enaltecido, no sólo por su colosal obra literaria y patriótica, sino como símbolo de la Libertad, por la que tanto ha luchado.

¿O es que nos creemos tan pocos y tan débiles que necesitamos aceptar la ayuda de nuestros constantes é irreconciliables enemigos para enaltecer al hombre de que nos enorgullecemos?

Renunciemos entonces á realizar el homenaje á Galdós. Resultará más grande muriendo ciego en su apartado rincón, que viendo á los hijos de su espíritu mendigar á sus enemigos y destructores una limosna de admiración para él.

Tristezas, é indignaciones

Esto es lo que vengo sintiendo hace años en política: á veces creo que también siento asco.

Hoy predominan en mí las tristezas, al contemplar la caída de un hombre que ha representado durante muchos años la fuerza de un gran pueblo.

El pueblo es Barcelona: Lerroux el hombre.

Porque Lerroux está caído. Caído, claro es, con relación á Lerroux. Como está arruinado un hombre que tiene dos millones anuales de renta, cuando se ve reducido á vivir con veinte mil duros. Otro cualquiera, con esa renta sería poderoso: él es pobre.

Realmente, y atendiendo á la realidad del hecho, yo no debería emplear el verbo *caer* para determinarlo. Hay otro más apropiado: *decaer*... ¡Pero es tan cruelmente expresivo!...

En la *caída* puede haber grandeza: á veces más que en la ascensión. En la *decadencia*, nunca.

Además, el que *cae*, puede levantarse:

el mitológico Anteo lo prueba. El que *decae*, no. Y yo quiero creer que Lerroux se levantará.

Además, en él había dos personalidades: la suya, de mucho relieve, y la que le había dado el pueblo de Barcelona, soberbia cual ninguna. Y esta es la que realmente ha caído. O *decaído*.

¿Quién la ha echado por tierra? ¿Sus enemigos? No. Hubieran continuado impotentes contra Lerroux, si él no los ayuda. Nadie, pues, se alabe de haberle derribado.

Lerroux me fué siempre muy simpático: no así su política. Rebasaba á menudo los linderos del republicanismo para internarse muy adentro en el terreno del anarquismo, y sabido es que yo he combatido, si no la finalidad, los procedimientos de esa organización. (Ya sé que braman de verse juntas las palabras *organización* y *anarquismo*, mas no hallo otra á mano para expresar bien el concepto.)

Por esto no lo alenté cuando dominaba en Barcelona, ni lo aplaudí. Algún elogio suelto por algún acto determinado, y nada más. Verdad es que entonces no necesitaba él de nadie. Contar con aquel pueblo, era tenerlo todo.

Años después, cuando se inició el descontento entre los suyos, yo no coreé á quienes le combatían. Y eso que no una, sino muchas veces, se me excitó á hablar contra él y su política. Y por republicanos probados y radicales.

¿Por qué no lo hice entonces? Porque no quería contribuir al anulamiento de una gran fuerza, la mayor que existía en el partido republicano; la única estaría mejor dicho. En esto fui consecuente conmigo: nunca metí mi piqueta sino en los edificios cuarteados, y á última hora. No he demolido más que ruinas, pese á mi fama.

¿Por qué lo hago ahora? Por encontrarme de algún tiempo acá con una representación en el partido, que no he deseado ni solicitado, y que ignoro á qué la debo, como no sea á mis años: la representación de todos los que á mí acuden quejosos, indignados ó amenazados, pidiéndome orientación, mandándome apoyo ó solicitando remedio; esos que son muchos, y no forman partido; que lo dieron todo sin pedir nada, y que me consideran uno de los suyos.

Representación que me obliga á hacer cuanto pueda por salvar la fe de aquellos que en mí la tienen, y entre los cuales hay muchos que se creen discípulos míos en republicanismo.

Representación que me impone el deber de animar á los que caerían en el excepticismo, si no hubiese quien les dijera: «los desengaños no deben enjendrar la duda en los convencidos, ni las decepciones abatirlos, ni las ingratitudes detenerlos. Miradme á mí.»

Representación que me manda tender la mano á todos los náufragos de la es-

peranza, para que busquen en sus propias fuerzas la salvación que no pueden aguardar ya de la débil tabla que los mantuvo á flote después de hundido el buque.

Representación, en fin, que me ordena imperiosamente gritar á los soldados que pudieran por un momento pensar en la deserción al verse abandonados: «¡No, no! ¡A las filas!... ¡Tacto de codos!... ¡Animos!... ¡En vosotros está la fuerza!... ¡De vosotros depende el éxito! ¡Sin generales se toman Bastillas!... ¡Con generales se pierden Colonias!»

Esa representación tengo, con esa representación hablo y con esa representación juzgo. Y la ostento muy orgullosamente, y hasta muy cariñosamente, por creer que en todas esas quejas, esas protestas y esas iras, conjuncionadas después del último fracaso electoral, hay algo mío; mucho quizás.

Esto no quita para que, al esbozar hoy unas ligeras impresiones acerca de Lerroux y su política, deje de sentir esa tristeza que, como dije al comenzar, me producen todas las caídas. Sean fatales ó sean buscadas. Y aunque sean merecidas.....

(Aquí iba de este escrito, cuando entra un amigo, y me dice muy regocijado:

—He leído el último número, y veo que por fin le tira usted chinitas á Lerroux, después de haberle defendido tanto.

—¡Hombre!, me da usted una noticia sorprendente. Explíqueme, porque no lo recuerdo en este instante, cuándo y dónde he defendido yo á Lerroux.

—¿Que cuándo? Cuando Azcárate é Iglesias lo dejaron en el Congreso á merced de sus enemigos. ¿Dónde? En El Motín. Aquel capote que usted le echó, contribuyó á salvarle por entonces.

—No lo creo; mas si resultó así, no me pesa. En aquel momento era la víctima, y yo jamás me puse al lado del verdugo. Allí no hubo más, sino que me encontré ante una iniquidad probada y una inmoralidad presunte; entre algo que asqueaba y algo que podía indignar, y atacué la primera, sin propósito de defender la segunda. ¿Que Lerroux salió favorecido? Que no me lo agradezca: no fué tal mi intención.

—Conformes en que se dejara usted arrastrar por la indignación el primer momento. Pero, y luego, ¿por qué no tuvo ni una palabra de condenación para Lerroux?

—Porque me encontraba en la misma situación que Azcárate. Si él no tenía pruebas para defenderle, tampoco las tenía yo para condenarle. Sólo que mi conducta resultaba más noble que la suya, por aquello de que la presunción debe estar siempre de parte del reo, y de que nadie es malo mientras no se pruebe.

Después de unas cuantas variaciones sobre el mismo tema, mi amigo se va y yo continúo.)

Aún recuerdo con alegría aquellos primeros tiempos de Lerroux en Barcelona, cuando resumía y compendia todos los anhelos revolucionarios y todas las ansias de justicia, siendo á la vez eco de todos los gemidos, de todos los dolores de aquel pueblo excepcional. Por compendiar y resumir todo esto, se unieron á él los catalanes de corazón que soñaban con reivindicaciones justas y cambios redentores.

Era hermoso verle, según me han contado, avanzar gallardamente hacia la multitud que le aclamaba frenética, y confundirse con ella hasta un punto, que habría sido imposible distinguir el suyo entre tantos millares de rostros varoniles, á no ser por esos misteriosos destellos que esparce la frente de todo dominador. Ni en su traje siquiera se distinguía: hasta calzaba la democrática alpargata.

Y cuando les dirigía su elocuente palabra, que los enloquecía y electrizaba, aquellos hombres sanos de cuerpo y de espíritu, dispuestos á todas las acciones y á todos los sacrificios, creían ciegamente que Lerroux era el Moisés que había de conducirlos á la tierra de promisión.

Pocas veces un hombre penetró más hondamente en las entrañas de un pueblo. Por esto nunca juzgué jactanciosas aquellas afirmaciones suyas de que era árbitro de los destinos de Barcelona.

Si; pudo haber hecho allí durante algún tiempo cuanto hubiese querido.

En esto precisamente se fundamenta el cargo más tremendo que puede hacerse á Lerroux.

«¿Qué has hecho contando con todo aquello, y qué has hecho de todo aquello?»

«Hay grandes actores que no se revelan por falta de escenario. Tú lo has tenido cual no pudo soñarlo el más exigente, ¡y nada has hecho! Ni siquiera conservar incólume aquel enorme conglomerado de energías, para que otro pudiese mañana darle aplicación. La Historia te juzgará muy duramente.»

Todo esto pudiera decirse hoy.

Y preguntarle además:

«¿Porqué has perdido las elecciones? Por la saña con que te han combatido los monárquicos no será, pues antes te combatían lo mismo, y las ganabas.»

«Por que hayan disminuido los hombres de ideas radicales en Barcelona tampoco, pues cada día hay más.»

«¿Por qué ha sido entonces?»

Y no se me alcanza qué podría contestar Lerroux á esas preguntas.

Ni á estas otras:

«¿Te siguen todavía aquellos hombres de grandes alientos, que con tanto entusiasmo y tanto desinterés se pusieron resueltamente á tu lado al llegar á Barcelona, y sin los cuales nada hubieras logrado? Si están á tu lado aún,

¿por qué pierdes las elecciones? Y si no están ¿por qué se han ido?

«Los que ahora te rodean ¿son de aquellos? Los que impones á los votos de las masas que dominas todavía, ¿son de los que te alzaron sobre sus hombros, compartieron su pan contigo, expusieron su vida por defenderte?»

La respuesta á estas preguntas pudiera darnos la clave del por qué los radicales son hoy minoría en el Ayuntamiento de Barcelona.

Hanme dicho que en la Rambla de Cataluña hay dos estatuas: la de Clavé y la de Güel, y que cuando se inauguraron, dijo un crítico mirando la del segundo:

«¡Qué hombre tan chico para un pedestal tan grande!». Y mirando la del primero: «¡Qué hombre tan grande para un pedestal tan chico!»

Y al recordar eso en este instante, se me ocurre pensar que, de haber triunfado la República en los años del apogeo de Lerroux, tendría también su estatua; estatua que resultaría pequeña, aun habiéndola vaciado en moldes colosales, si llegan á grabar en el pedestal los nombres de todos los que con Lerroux se entusiasmaron, en Lerroux confiaron y por Lerroux padecieron...

Y resultaría pequeña, aun siendo grande, porque habrían tenido que darle al monumento proporciones tan extraordinarias para que cupiesen todos los nombres, que no se vería la figura desde abajo.

¡Tantos han sido!

Si Arquímedes viviese ahora, abominaría de Lerroux, porque habiendo encontrado el punto de apoyo para la palanca revolucionaria no volcó la monarquía. ¿Fué porque no pudo? ¿Fué porque no supo? ¿Fué porque no quiso?

A esto nada contesto, porque nada sé. Unicamente me atrevo á arriesgar esta observación. Sin preparación, sin organización, sin jefes, sin dinero, hubo dos movimientos que preocuparon hondamente á los gobiernos monárquicos durante la dictadura (creo que puedo llamarla así) de Lerroux en Barcelona. Y esto prueba, por lo menos, que Barcelona era buen punto de apoyo para la palanca de Arquímedes.

Lo más triste de esto, es que Lerroux ha perdido la gran personalidad que los catalanes le dieron, por torpezas impropias de su talento: por prescindir de muchos de los que formaron su apostolado, creyendo que, ya en la altura, podía empujar la escalera; por pagarse demasiado de frivolidades ostentosas que deben dejarse en usufructo perpetuo á los que, por valer poco, no tienen otros medios de parecer algo. ¿Pero él? ¿Un hombre de su entendimiento, de su elocuencia, de su pluma, de su atractivo personal? Esto es mezuquino.

¡Ah! ¡Qué equivocación!

Si el Lerroux diputado asesina al Lerroux periodista, y ante aquella transformación inesperada busca en la austeridad á lo Pi y Margall el respeto y la consideración que nunca dió la fastuosidad improvisada, ¿quién habría osado echarle en cara luego las supuestas ó reales incorrecciones que la necesidad de vivir pudo haberle impuesto al entrar en la vida pública? ¿Qué autoridad no tendría hoy? ¿Cuánto bien no podía haber hecho á España? Y no un bien de momento, de ráfaga... sino estable, imperecedero...

Todo el mundo hubiera olvidado lo que de él se decía, parodiando en disculpa suya lo de aquel banquero en una reunión de colegas donde se deslizó furtivamente la palabra moral: «Cerremos, señores, los ojos ante los primeros cincuenta mil duros, y entremos en materia».

Pero ¡ay! lejos de esto, tiró pronto aquellas simbólicas alpargatas y comenzó á hacer ostentación de grandezas un tanto inocentes, acabando por exhibirse en un automóvil rojo cuando ya su política había perdido ese color; y entonces fué cuando resurgió con más furia el pasado, abrumándole con crueldad implacable.

¡Un automóvil!... ¡Qué inferioridad! Cualquiera hortera enriquecido y vanidoso lo tiene. Lo que le gran alcanzar muy pocos hombres, es lo que Lerroux tenía para exhibirse orgullosamente: los hombros de ese Hércules inmenso llamado Pueblo Catalán. Sobre ellos, no podían confundirlo con nadie. En el automóvil, con cualquiera. Sobre ellos, hacía correr espantados á los reaccionarios. En el automóvil, aparta entristecidos á los republicanos.

¡Y haber dado tanto por tan poco!... Apena pensarlo.

Lamentemos esas torpezas, y busquemos en la cohesión de todos los republicanos la fuerza y la respetabilidad que hemos perdido en las elecciones últimas, para ver si logramos que termine pronto el eclipse de esperanzas que entenebrece hoy al partido.

Y en cuanto á Lerroux...

Lerroux puede prestar todavía grandes servicios, si no se empeña en mantener á toda costa la apariencia de su pasada preponderancia, como las casas aristocráticas que vienen á menos su antiguo esplendor.

Alláñese á la realidad; no imponga hoy, vencido ó muy quebrantado, las arrogantes condiciones que impondría para unirse á los demás republicanos si se considerase vencedor; saque de la adversidad las enseñanzas que la prosperidad le negó, y... ¿quién sabe?, tal vez por este camino logre colmar los anhelos de su justificada ambición.

Y después de decirle esto, que le se-

rá tan desagradable leerlo como me ha sido á mí escribirlo, crea que acaso haya sido este el mayor de los sacrificios que me he impuesto para ver si puedo contemplar al final de mi vida unidos verdadera y sólidamente á los republicanos, único objetivo de mi labor política. Y crea también que, de ser otro el político á quien juzgara, habría pedido á la indignación los tonos que no podía demandar á la tristeza.

Y que á falta del *Cirujano de hierro* de que habló Costa, y que aún no ha aparecido entre nosotros, habría yo empuñado el bisturí y practicado la operación quirúrgica á salga lo que saliere. Tan convencido estoy de que el organismo republicano necesita ponerse alguna vez en íntimo contacto con el bisturí.

Pero se trata de él, de Lerroux, que aún puede intentar algo grande, y no he querido emitir este juicio con la dureza que lo hiciera tratándose de otro.

Si la imparcialidad absoluta existe, y es una virtud, declaro que es otra de las muchas que no tengo.

JOSÉ NAKENS

Comparación oportuna

Pintando un historiador en 1835 los excesos á que en 1821 se entregaron los partidarios del *Dios, Patria y Rey*, que hoy graznan como buitres hambrientos alrededor de los procesados por los sucesos de Cullera, dice textualmente:

«Posponiendo el lustre y dignidad de la nación á la triste gloria de dominar en sus ruinas, empezaron su cruzada por degollar á sangre fría á un oficial y ocho soldados del regimiento de voluntarios de Cataluña, que sorprendieron el día 29 de Mayo de 1821 en el monasterio de Arlanza, apagando en la sangre de estas víctimas la *crus de fuego*, que voló á fascinar las provincias. En ellas gritaron que la religión estaba perseguida, designaron los perseguidores, llenándolos de improperios y execraciones. Se titularon *defensores de la fé*. Sedujeron porción de miserables, deslumbrándolos con el sostenimiento del altar y del trono. Se apañaron con los resentidos. Hicieron causa común con presidiarios y salteadores de caminos. Obtuvieron muy pronto el apoyo y la cooperación activa del gabinete francés, identificado con su causa. Estrecharon sus relaciones, lisonjearon los principios adoptados por la santa alianza en los memorables congresos de Aix-la-Chapelle, Troppan, Laybach y Verona. Introdujeron la discordia y la licencia, valiéndose de la perfidia de los Regatos y demás demagogos, enviados á diseminarla en diversas provincias, insultando la circunspección y probidad de los que no estaban acordes con sus perversos designios. Inspiraron la desconfianza para debilitar y destruir la fuerza moral del gobierno, estrechándole á parecer menos severo y circunspecto, que condescendiente y popular; y dando

impulso y osadía á la venalidad de los Zurriagos, Tercerolas y otros infames folletos y periódicos, que con sarcasmos y detracciones abusaron de la ciega credulidad, osaron persuadir que la moderación era un crimen y una virtud la exaltación, acompañada del desprecio y desacato; haciendo por otra parte resonar las mismas voces que sirvieron después para redactor el decreto de la festividad eclesiástica que llamaron de *Desagravios al Santísimo Sacramento*, cuyas aras, acostumbrados á la hostia de reconciliación, al dulce acento de la paz, de la mansedumbre y de la caridad cristiana, se estremecieron entonces, viéndose profanar por los gritos destemplados del resentimiento, del furor y la venganza. Desplegando el carácter de Recafredo y renovando las persecuciones sostenidas por éste prelado vendido al trono de Abderramán II, siguieron el camino hollado por los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Mendo de Osmá, Pedro de Avila, Domingo de Plasencia, García de Tarazona y Berengario de Barcelona, que acordaron la mntanza y exterminio de los habitantes de Ubeda, cuando rendidos á los vencedores de las Navas de Tolosa, ofrecían sus bienes en obsequio de la paz. Tomaron por modelo al arcediano de Ecija, Fernán Martínez, que socolor de piedad amotinó la plebe, y quitándola el freno de la subordinación á las autoridades constituidas, la condujo con sus pláticas y sermones sediciosos á los horrores y atrocidades que sufrieron Córdoba y Sevilla en la minoría de Enrique III; del mismo modo que amotinaron á los pillos de Triana y los Humeros que corrieren sin freno á robar cuanto encontraron el 13 de Junio de 1823 en el barranco de Sevilla á la salida del gobierno constitucional; y del mismo modo que levantaron en Córdoba la partida titulada de *la Porra*, acaudillada por un fraile capuchino y por el Manco de la Benamejí, anteriormente pregonado por saltador de caminos. Imitaron á los canónigos de Toledo, Juan Alonso y Pedro Galvez, fautores de los incendios, robos y violencias cometidos en aquella ciudad á son de campana el 26 de Enero de 1443, del mismo modo que se vió en 1812 robada por el filibustier que salió de las esterceras de Ciudad Real con el apodo de *el Locho*, acompañado de un enjambre de bandoleros y de otro fraile capuchino que seguía la turba en un coche con su concubina y la del caudillo que volvió á la Mancha con más de tres millones robados en las platerías de Toledo. Repitieron las escenas de los frailes dominicos de Lisboa que en 1506 exaltaron la cólera y rapacidad de la plebe llevándola bajo el *estandarte de la Fe* á saquear las casas y degollar más de 2.000 personas quietas y pacíficas, para vengar con sus bienes y con su sangre la injuria hecha á Jesucristo, en decir que no era milagro el reflejo de un cristal colocado sobre la llaga de su efigie: del mismo modo que la animaron en todos los ángulos de la Península, saqueando á nombre de la fe las casas, talando las haciendas de los constitucionales, y degollando á los que no creyeron que *el Ocho era un enviado de Dios para exterminar á los fraquasones*, como predicaba el padre capuchino.

Comparad, asquerosos clericales, esa conducta de los *vuestros*, en aquel tiempo y en todos, con lo ocurrido ahora en Cullera, y exclamad sin temor á que os desmienta nadie:

«¡Pero qué ladrones, y qué asesinos, y qué incendiarios hemos sido siempre! Casi tanto como hipócritas y canallas.

«Todos los que cometen ahora crímenes comunes ó políticos, no nos llegan á la suela del zapato.

«Cada cual nace con una inclinación determinada, y la nuestra es esa.

«Como la del tigre destrozar y la de la víbora destilar veneno.

«Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Liga contra la pornografía

Se ha formado una en Madrid. El Comité directivo se compone de los señores siguientes:

Adolfo A. Buylia, presidente.—Isidro de Villota y Presilla, secretario.—Manuel Cossio y Gómez-Acebo, tesorero.—Fidel Pérez Minguet, bibliotecario.

Por alguna de las personas que figuran en ese Comité, no me atrevo á suponer que pueda ser una sucursal de la *Defensa Social*; antes bien antójase una parodia de aquella ridícula sociedad comilesca de *Padres de Familia*.

Hasta que no averigüe este extremo, aplazo prudentemente la inserción de la circular que me han enviado para que la publique, y que desde luego habría insertado, si alguno de esos señores, en los treinta y un años que lleva *EL MOTÍN* combatiendo la pornografía eclesiástica, hubiese dado el más leve indicio de adherirse á su campaña; ó, por lo menos, protestado de los tres hechos pornográficos realizados de un mes acá en España por los Hermanos Maristas.

No quiero servir intereses clericales, ni aunque vengan cubiertos con la careta de la moralidad.

El "Motín" sentenciado

Por la prensa clerical me he enterado de que el Tribunal Supremo ha desestimado el recurso interpuesto por mí en la sentencia que el juez del Hospicio, D. Luis Ponce de León, gerente del Banco de León XIII, me impuso por la publicación de las caricaturas del número del 29 de Diciembre y la del 26 de Enero de 1911.

Hasta copian el *considerando*, en prueba de que tienen en los tribunales amigos muy activos.

Dice el Tribunal Supremo:

«Considerando: que las estampas ó caricaturas publicadas en las portadas del periódico *EL MOTÍN* que ve la luz

pública en esta Corte, y correspondientes á los días 29 de Diciembre de 1910 y 26 de Enero del corriente año 1911, por su conjunto y sus detalles demuestran de un modo inconcuso, que el autor de estos grabados, ó en su defecto el director propietario de dicho periódico se propuso ofender á la moral, ridiculizando á los ministros y religiosos de la Iglesia Católica; y como esto traspasa los límites de la crítica permitida á la Prensa periódica, es evidente que la publicación de las indicadas caricaturas, constituye la falta que con acierto califica y pena el juez de instrucción del distrito del Hospicio de esta Corte; que no ha incurrido en el error de derecho ó infracción de ley que sirven de fundamento al recurso.

Fallamos: que debemos condenar, declarar y declaramos no haber lugar al interpuesto por José Nekens Pérez, á quien condenamos en las costas, á la pérdida del depósito constituido... etc.»

Los periódicos clericales, como es de suponer, vienen muy contentos porque al cabo de *treinta y un años* han caído los jueces en la cuenta de que yo venía cometiendo una falta contra la moral casi todas las semanas. Un poquillo tarde ha sido, pero, en fin, más vale tarde que nunca, y sabido es que Dios consiente, mas no para siempre.

Y yo no estoy muy disgustado, al ver que por un centenar de duros que importarán, según creo, la pérdida del depósito, el pago de las multas, costas y las etcéteras, puedo enterar á España de que bajo el gobierno democrático del Sr. Canalejas no es posible publicar las caricaturas que pasaron bajo los de Cánovas con Pidal, Sagasta, Silvela, Morret, Montero Rios y ¡hasta Maura! Tan interesante es la noticia, que me parece barato el precio.

Indudablemente la ley del progreso se cumple sin interrupción en el mundo físico, como en el moral y el intelectual, y el *hoy* deshace los errores y las preocupaciones del *ayer*.

Resignense, por tanto, mis lectores, á no saborear en adelante caricaturas en que figuren curas, frailes y monjas, y confíen en que para cuando terminen estas de ahora, en que ensalzo las glorias de la Inquisición, ya se me habrá ocurrido algo para sustituir con ventaja á las antiguas.

No ando muy mal de ingenio, gracias á Dios, y en casa llena pronto se guisa la cena.

MONAQUISMO

Cuando los monasterios abundan en las naciones, sirven de trabas á la circulación, son establecimientos obstruyentes y centros de pereza que se constituyen donde debían estar los centros del trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga al cuerpo humano. Su gordura y su prosperidad causa el empobrecimiento del país. El con-

vento, el antiguo convento de monjas, especialmente como existía á principios de este siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la edad media. El claustro de esa clase sirve de puerto de intercesión de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de los resplandores fúnebres de la muerte.

El convento español sobre todo. En él se elevan en la obscuridad, bajo brumosas bóvedas, macizos y gigantescos altares, altos como una catedral; allí penden de cadenas inmensos crucifijos blancos; allí se destacan desnudos sobre el ébano grandes Cristos de marfil, más que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, coronados con espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados y hacen llorar en la obscuridad y allá abajo á seres cubiertos con un velo, cuyo cuerpo martiriza el cilicio y la oración desuella las rodillas á mujeres que se creen serafines.

¿Piensan acaso estas mujeres? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Sus nervios se han convertido en huesos, sus huesos en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece la trágica respiración de la muerte. Tales son los monasterios de España.

El monaquismo tal como existe en España es una especie de tísis para la civilización. Para en seco la vida. Despuella. Claustro, es lo mismo que castración. El convento ha sido el azote de Europa.

Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrefacción es evidente, su estancación es malsana, su fermentación enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicación se convierte en plaga de Egipto.

Supersticiones, hipocresía, falsa devoción, preocupaciones, á pesar de ser larvas, quieren vivir tenazmente escondiendo sus dientes y sus uñas, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo haciéndolas guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la Humanidad consiste en vivir condenada á luchar eternamente con fantasmas.

VÍCTOR HUGO

Descubrimiento prodigioso

Los republicanos hicimos en las últimas elecciones un gran descubrimiento que viene á echar por tierra la infalibilidad de los números. Para algo habíamos de servir.

Demostramos que cinco votos monárquicos, son más que diez republicanos. En esta forma:

Cuatro votos de Conjuncionistas..	4
Cuatro de Radicales.....	4
Cuatro de Disidentes.....	4
Total.....	12

Estos doce, divididos por tres, equivalen á tres fracciones de á cuatro.

Y como cinco votos monárquicos son más que cuatro votos republicanos de cada fracción...

Claro, triunfaron los monárquicos. ¡Y dicen que no servimos para nada! Somos capaces de todo, hasta de echar por tierra la aritmética.

De lo único que no somos capaces, es de tener un poquito de sentido común y algún patriotismo.

LOS CLERIGALES Y EL ESTADO

Los católicos no admitiremos nunca la soberanía absoluta del Estado.
El obispo de Tuy.

Quieren los clericales, según dicen, desenmascarar á los anticlericales. Lo que éstos se proponen no es, en sentir de tal obispo ó cual canónigo, otra cosa que destruir la fe de nuestros mayores. De lo que en realidad se trata es de descatolizar á España. El anticlericalismo es sólo la careta.

Lo que los clericales quieren hacer con los anticlericales es precisamente lo que éstos deben hacer con aquellos. Nada más fácil ni más sencillo. Una cosa es lo que se dice y otra lo que se calla. La fe de nuestros mayores, la integridad de las creencias, la intangibilidad del dogma... todo eso es la máscara. De lo que se trata es de tener al Estado en un puño. Lo que se quiere es dominar.

¿Pruebas? Ahí está, sin ir más lejos, la enciclica *Inmortale Dei*. Después de decir que «el derecho de soberanía no está necesariamente vinculado á tal ó cual forma de gobierno, y que se puede tomar y escoger legítimamente una ú otra forma política, con tal de que no le falte capacidad de obrar eficazmente en provecho de todos», pasó León XIII á tratar de los deberes de los gobernantes en cuanto á la religión y de la necesidad de que medie armonía entre las potestades espiritual y temporal. Siendo como era León XIII un tanto diplomático, claro es que había de emplear un lenguaje prudente, tras el que apareciesen como veladas las intenciones últimas. Sin embargo, éstas se muestran lo bastante para ser conocidas. «La Iglesia—dice el pontífice—es una sociedad suprema y universal». «Como el fin á que tiende la Iglesia es nobilísimo sobre todo encarecimiento, su potestad se eleva muy por encima de cualquier otra; y no puede, en manera alguna, estar subordinada ni sujeta al Poder civil». «Hoy que obedecer á Dios antes que á los hombres». «La trabazón íntima que entre las dos potestades existe, no sin razón se compara á la del alma con el cuerpo en el hombre. Para juzgar cuánta y cuál sea aquella unión, forzoso se hace atender á la naturaleza de cada una de las dos soberanías relacionadas y tener cuenta de la excelencia y nobleza de los objetos para que existen, pues que la una tiene por fin próximo y principal el cuidar de los intereses caducos y deleznales de los hombres y la otra el de procurar los bienes celestiales y eternos».

For si esto no fuese suficientemente

claro, tenemos los textos invocados por los partidarios de la llamada unidad católica. Se cita el versículo 13, capítulo VI, del libro de Zacarías, que dice: «El monarca llevará la gloria y se sentará y reinará sobre su solio, y el sacerdote estará sobre su trono, y consejo de paz habrá entre ambos. Se cita á San Agustín, que escribía: «No llamamos felices á los emperadores cristianos porque reinaron mucho tiempo, ni porque murieron tranquilamente dejando la corona á sus hijos... sino cuando, habiendo empleado principalmente su potestad en extender el culto de Dios, la hicieron servir de la modestia divina». Se cita á Santo Tomás de Aquino, que opinaba «que la potestad secular está sujeta á la espiritual como el cuerpo al alma, no siendo por eso usurpación de jurisdicción el que el prelado de la Iglesia se mezcle en las cosas temporales». Se cita al Papa Gelasio, según el que «es costumbre entre los monarcas cristianos obedecer los decretos de la Iglesia y posponer á éstos la autoridad real»; y a Inocencio III que decía que «la autoridad eclesidística equivale al sol y la temporal á la luna»; y á Bonifacio VIII, que afirmaba que la espada espiritual debía ser antepuesta á la temporal; y á Gregorio VII, y á Pío IX, que consideró errónea «la doctrina de que los reyes y príncipes son superiores á la Iglesia cuando se trata de resolver asuntos de jurisdicción». Se cita á los tratadistas que, como el P. Liberatore, sostienen que «la Iglesia fué representada por los profetas como un imperio que había de suceder á los antiguos tronos de la fuerza, legando, con su poder moral, á tener sujeta la tierra á su dominio» y que, como nuestro Suárez, enseñan «que la potestad temporal está sujeta á la espiritual para que no se desvíe de su propio fin». Se cita la sesión 25 capítulo XX, de reformar, del Concilio tridentino, en el que se exhorta á los emperadores, reyes y príncipes «á que veneren cuanto es derecho eclesiástico». Y como ejemplo de monarcas cristianos se cita á Carlomagno, que mandaba á sus vasallos ser «tan humildes y serviciales con la Iglesia, que cada quien yugo, aunque fuese fuerte, que les impusiese la misma, debían sobrellevarlo con piadosa devoción».

La cosa es, pues, clara. El ideal de los clericales es la dominación. Lo que los clericales quieren es la subordinación de la potestad temporal á la espiritual. Y esto mientras el Estado les sea útil, en tanto sea un instrumento adecuado para sus fines. Porque el Estado en sí, en cuanto expresión de la nación, encarnación de la patria, les tiene á los clericales sin cuidado.

¿Pruebas de esto? Por ahí anda, traído al castellano con la correspondiente licencia del ordinario, el libro de Godofredo Kurth: *La Iglesia en los trances de la historia*. Cuando el nacionalismo judío fué un obstáculo para el cristianismo naciente, la Iglesia—nos dice el Sr. Kurth—se fué tras Pablo el griego, el cosmopolita, y la patria judía fué sacrificada á su ansia de dominación universal. El hecho se repite cuando los bárbaros llegan á las puertas de Roma: la patria se hunde y la Iglesia se salva, tomando la dirección de la nueva sociedad. Al Sr. Kurth le parece esto «una estrategia de calidad superior», y afirma que no sólo fué empleada en los siglos pasados, sino que se empleará

también en los venideros. «La Iglesia, habiendo nacido para propagar en la tierra el reino de Dios, no puede entrar a la parte de esas cosas efímeras que se llaman CULTURA, NACION...»

¿Qué se diría de un anticlerical que osase afirmar que la Iglesia era enemiga, no ya de la cultura, sino hasta de la nación, de la patria nuestra madre? Se le pondría de sectario que no habría por donde cogerlo. Sin embargo, eso está escrito en un libro publicado con censura eclesiástica y por cuya lectura tiene concedidos cuarenta días de indulgencias el arzobispo de Valencia.

ALVARO DE ALBORNOS

San Vicente de Raspeig

Otro entierro civil. Oposición del Juzgado. Trabajos de zapa clericales. Triunfo del pueblo. Plancha fenomenal. El clero erre que erre.

En una misma semana se han verificado dos entierros civiles en este pueblo. El primero fué el del conserje del Círculo Republicano, Vicente Llorca Belda, que se hizo sin ningún entorpecimiento; el segundo, el de la niña Otilia Castelló Gómez, de 11 años de edad, que se verificó después de intervenir el delegado del gobernador civil de Alicante y varias parejas de policía; es decir, que se hizo a viva fuerza, debido a la oposición sistemática del secretario del Juzgado municipal, de acuerdo con el clero.

El motivo que alegaba para oponerse a que se cumpliera la ley a las veinticuatro horas de haber fallecido la niña Otilia, era la falta de una orden del párroco.

Hay que tener en cuenta que el cementerio de este pueblo es municipal, y en él no tiene nada que ver el clero; pero como son tantos ya los actos civiles que se verifican, no cesan los clericales en sus trabajos de zapa para ver si nos cansamos ante la gran oposición que se nos hace, y, aburridos, cejamos en nuestra campaña; cosa imposible de todo punto, dado nuestro entusiasmo por las ideas libertadoras.

Al negarnos el secretario del Juzgado municipal el documento que debía autorizar el sepelio, nos retiramos con el propósito de recurrir al gobernador civil; pero como no sabíamos la opinión del juez municipal, esperamos saber si coincidía con el secretario.

A las cinco de la tarde próximamente hablamos con él, y nos dijo que no podía contestarnos mientras no consultara el Código; pero en vez de hacerlo, consultó con el secretario, y, naturalmente, nos contestó que no podía dársele sepultura al cadáver de la niña, a pesar de haberse cumplido las veinticuatro horas del fallecimiento; añadiendo que no se verificarían más entierros civiles en el pueblo.

Entonces recurrimos al gobernador, manifestándole por teléfono lo que ocurría y el peligro de una alteración de orden, motivada por la negativa del Juzgado. Entretanto fué conducido el cadáver al depósito del cementerio, cuyo acto estuvo bastante concurrido.

Cuando más contentos estaban los monárquicos clericales de este pueblo creyendo que iban a salirse con la

suya, aparecieron varias parejas de orden público y de vigilancia a las órdenes del delegado del gobernador civil, que acudían a evitar un conflicto y a que la ley se cumpliera, dando sepultura al cadáver inmediatamente. Cumplida la orden, se dirigieron todos al juzgado, y se levantó el acta correspondiente.

En vista del fracaso sufrido, ordenó el párroco se hicieran al siguiente día los funerales de la niña dentro de la iglesia; y ahora dicen los indignados clericales, que si la familia de la niña no paga al clero los gastos del entierro, los pagará el alcalde republicano.

Se necesita ser muy ignorantes para propalar tales noticias; pero no puede negarse a nadie el derecho del pataleo. Hasta el próximo entierro civil.

JOSÉ SANJUÁN

RAPIDA

A un santo le tocó la lotería y a Dios le daba gracias noche y día. Pero un ladrón, que halló la puerta franca, le robó con auxilio de una tranca. Dios premia al bueno, pero viene el malo, le quita el premio y le sacude un palo.

NARCISO SERRA

Libros anticlericales

De usted sí que puede decirse, mi querido amigo Nakens, que su boca es boca de verdades; verdad es que pocas se hallan en las condiciones honrosas que usted para soltar cuatro frescas a todo el mundo.

Lo que usted afirma de los libreros y editores es tan amargo como cierto, y si cuando estas líneas lleguen a sus manos no ha reproducido aquellos dos famosos artículos suyos de *Vida Nueva*, hágalo por su vida, y aprovechémonos del derecho del pataleo.

Dice usted que sus únicos clientes en librería son los lectores de EL MOTÍN; pues no basta esto, y hay que ir a buscar a los que no leen EL MOTÍN y son también anticlericales, ó por lo menos afectos a estas ideas, en las que no hacen hincapié y se consolidan por carecer en su inteligencia del lastre necesario para ello, que sólo puede darle libros de la índole de los que nosotros publicamos. Verdad es, aunque muy amarga, como todas las verdades, la cuca frase de Claudio Erollo (no el de Víctor Hugo). «Los radicalismos no dan de comer». Y si esto sucede en el orden político, en el orden clerical y religioso, donde vuela a alas desplegadas el nuestro, es un axioma tan augusto como incontrovertible; y bien lo vemos y tocamos nosotros que siempre andamos con los pies fuera de la manta y sin que nos llegue la sal al agua.

No sumimos elegir la mejor parte, como la María del Evangelio, sino que seguimos a su hermana Marta en el farrago de esta ímproba lucha, olvidándonos de aquel único necesario de que hablaba Cristo, y que en nuestra sociedad actual son esos simpáticos papelitos que se llaman billetes de Banco.

Si el caudal de fósforo ó inteligencia que en estas lides hemos derrochado

usted, el P. Ferrándiz, Pey Ordeix y yo lo hubiéramos aplicado a cualquier género literario ó empresa de las que no se rozan con la Iglesia, usted sería hoy un segundo Echegaray, y mis compañeros y este lego, subsecretarios, gobernadores ó inspectores generales de policía como Retana. ó cobraríamos trimestres como los Quintero ó Benavente, ó figuraríamos en las Academias como Picón.

Y no se adjudique a jactancia esta hipótesis; con el bagaje literario y periodístico que nosotros arrastramos, habría materia para hacer dos docenas, por lo menos de celebridades al uso, y nuestra vera efigie ya habría salido sus tres veces en *Blanco y Negro*. Pero, amigo, nos dió el naípe por lo que menos chorrea, y cierra todas las puertas en esta de democracia y progreso *agudos*, y lo hecho, hecho está, y ya no tiene remedio. Usted y el P. Ferrándiz, empedernidos y viciados en esta campaña, ya no la sueltan ni a tiros de desengaños y disgustos: la han sacrificado ustedes muchas y muy grandes cosas para volverle las espaldas; y Pey Ordeix y un servidor, que todavía somos jóvenes, aún nos hacemos ilusiones de que por aquí se puede realizar algo práctico y provechoso para los que nos leen y para nosotros.

Lo mejor que podemos hacer, es lo que hemos hecho hasta ahora: editaremos nosotros mismos los libros. Ciertamente es que todos los escritores somos unos administradores detestables; pero perdiendo se aprende, y yo le juro a usted, aunque le parezca increíble, que llevo mi pequeño libro de contabilidad donde apunto las *entradas* y las *salidas*; así me voy entrenando, y no desconfío de llegar a ser un perfecto librero de mí mismo.

El primer libro que me hizo un editor de Barcelona (sí me lo pidió), un tal Presa, sólo me proporcionó el 10 por 100 de los ejemplares que se vendiesen; la proposición no era para deslumbrar a nadie, y acordándome que a Paul Bourget le dió menos su editor por su primer libro, y que Mr. Lacroix no dió nada a Zola por sus *Cuentos a Ninón*, pues me consideré un niño mimado por el hada editorial. El libro se vendió enseguida; pero el Sr. Presa juzgó que ya me había dado bastante, y de acuerdo con la Casa Granada hizo una edición ilegal y clandestina y se quedó con el libro y con los derechos de autor, haciendo una numerosa tirada para el mercado de América, hazaña que me indujo a llevarle a los tribunales, sin esperanzas de que me diesen la razón.

Este chasco fué para mí una revelación, y dije: No me cogerán en otra. Y en efecto, *El tormento en los conventos* me lo editó yo, y yo me lo he vendido y yo me lo he administrado, y todo ello sin anuncios, sin propaganda, y sin circulares. Lo que a usted le sucede con los suscriptores de EL MOTÍN, me sucede a mí con los de *El Diluvio*, y para colocar cinco mil ejemplares, en menos de un año, no necesito salir fuera de Cataluña. Pero entonces, y a esto vengo, ¡qué cosas aprendí, y cuánto nuevo é insolito halle en eso del negocio de librería! ¡Qué cartas! ¡y qué postales! «Si me dá usted el 60 por 100 —me decía uno— (el libro valía una peseta) me quedará con tantos ejemplares; y si no, no venderá usted aquí un ejemplar, porque solo yo

me atrevo con libros de esos.» «Da usted muy poca comisión con el 25 por 100; yo, que soy del *negocio*, sé que se puede dar más. La casa Maucci y Granada me dan hasta el *setenta*.» «Lo creo —le respondí;—pero es que esas casas deben hacer (y que la de Granada lo hace soy testigo con lo sucedido con mis *Memorias de un fraile*), lo que aquel vendedor de escobas que las vendía á cuarto por la razón sencilla de que se las *cogía* á otro cuando ya estaban hechas.»

Por tanto, insisto en que debemos seguir editándonos nosotros mismos los libros, y hasta vendiéndolos. Con el producto de un libro, deducido los pelizcos que exige el complemento de nuestro presupuesto económico, se edita otro, eligiendo bien la materia, y sobre todo cultivando el mercado de la América latina, en el que necesitamos corresponsales activos y honrados, de los que usted conocerá seguramente algunos.

¿Que hace falta una librería? Pues se busca un librero, que ceda parte de sus estantes para nuestros libros. ¿Que no se atreve por miedo ó hipocresía, ó barruntamos que se puede alzar con el santo y limosna? Pues se alquila un modesto tabuco, á estilo de las librerías protestantes, y allí se exhiben nuestros libros. ¿Quién se encarga de la venta? En Madrid, ustedes ó personas de confianza; en Barcelona, yo mismo, que no tengo ningún inconveniente en vender mis libros, y los *valientes* de otros poniéndome detrás del mostrador. Si precisamente para el librero todo es ganga. ¿Que se venden los libros? Se queda con el 25 ó 30 por 100 (pocos negocios rinden tal interés), sin molestias, ni perjuicios. ¿Que no se venden? Se le devuelven á su autor y aquí no ha pasado nada: no se gana, pero no se pierde. ¿Y si el librero es al mismo tiempo editor de los libros y no los vende? Pues entonces se hace la Pascua, y se aguanta. Todo oficio tiene sus quiebras.

FRAY GERUNDIO

Desbarajuste en la enseñanza

¡Abajo lo existente!

Este es el lema que para aniquilar al Magisterio, á las escuelas y á la enseñanza primaria en España, parece que ha escrito en su bandera el representante visible de la turba reformadora que dispone hoy de los destinos de la instrucción pública. Tal es la prisa que hay en anular todo lo legislado en el medio siglo último, ó sea desde la ley del inmortal Moyano, de cuyo nombre y memoria se mofan los que se creen superhombres y capaces de enmendar la plana á todos los que les precedieron en el Ministerio de Fomento antes, y de Instrucción ahora, que mejor se ría denominarle de *Destrucción pública y Malas artes*.

Si reparamos la historia de la política española en los últimos cuarenta años, observaremos que todos los ministros de Fomento ó Instrucción han salido del poder, han fracasado en su gestión gubernativa, en el momento en que han hecho empeño de honor ó de amor propio; en el momento en que

han manifestado propósito firme y decidido de establecer una nueva ley de Instrucción pública.

Recuérdese á los ministros que en los años 67 y 68 pusieron mano en la ley de Moyano sustituyéndola por otra y contribuyendo con ello grandemente á la revolución del 68; recuérdense los esfuerzos titánicos de Toreno y aún de Cánovas por presentar proyectos de bases para una nueva ley, después de esa revolución; recuérdense también los fracasos que en el mismo sentido sufrieron los Pidales y los ministros de los gobiernos de Sagasta, y se comprenderá que en España no puede legislarse como lo hizo Moyano, porque en cuanto un partido político pretende reformar la enseñanza, especialmente la primaria, los demás partidos se apresan á la batalla, combaten la reforma á sangre y fuego, se empeñan en adquirir preponderancia dentro de la nueva ley para sus ideas políticas, religiosas y particulares; se produce el choque de todos los egoísmos y pasiones, y el gobierno ó ministro que se empeña en legislar, cae envuelto en el desprestigio y las censuras más formidables.

Esto que lo saben cuantos hombres se ocupan de política y de enseñanza en España es lo que se trata ahora de evitar, destruyendo todo lo existente y legislando á retazos; llevando la confusión y el desorden á todas partes; cuidando á la vez de dirigir el nuevo orden ó desorden de cosas hacia una tendencia, hacia una escuela particular hacia un grupo de hombres que viven eternamente deseando el acaparamiento y monopolio de la enseñanza pública en sus manos, y ya que no puedan conseguir ese fin con la enseñanza de los institutos y universidades, porque esos centros tienen guardianes, y sus profesores tienen unión, periódicos, diputados, oradores, influencias políticas, intentan y lo van consiguiendo, entrar á saco en el campo de la primera enseñanza á cuyo débil y desunido magisterio vilipendian, atropellan y destruyen impunemente, para dominarle, hacerle suyo, como colección de lacayos, y sustituirle por otro que sea su hechura, que recoja el presupuesto como pago de su servilismo ó de su amistad con los directores de la seudo reforma.

Uno de los puntos de apoyo en obra tan atrevida es la conquista del Ministerio de Instrucción pública.

No se ha podido conseguir el dominio absoluto de la cartera; en ocasiones se consigue que vaya á un incauto que se adormece á los cantos de la sirena reformadora; pero el buen sentido suele abrirse paso, y la labor de zapa fracasa y no da el resultado perseguido.

Pero, si no se consigue la cartera, se consigue algo menos que también es muy eficaz, que puede minar los cimientos, producir el desorden y llevar indirectamente á la consecución del fin buscado.

Se hace pasear á un hombre por la América, sin parar mientes en la rechifla que por allá se gana; se ponen muchos telegramas, muchos recibimientos con entusiasmos indescriptibles, como los que pintaba Oríego en tiempos de la Revolución y de Amadeo, y... se ocupa un sillón nuevo en el Ministerio.

Ya está ocupado. Ahora, á destruir y á trabajar para que ese sillón sea eterno; para que haya en él inamovilidad; para que sea así como un Instituto Geográfico y Estadístico..., respetado por todos los partidos.

¡Ah, ilusos! ¿Creéis que en España se ha perdido el sentido común? ¿Creéis que no se os conoce? ¿No oís cómo se habla mal de vosotros en todas partes? ¿No escucháis lo que se dice en los claustros universitarios, en los claustros de los institutos, en los de escuelas especiales, en cada escuela primaria, en las mismas oficinas del Ministerio, cuyos inteligentes y sufridos empleados, víctimas de vuestros egoísmos y torpezas, maldicen vuestro nombre y reniegan de la dependencia y vilipendio en que viven?

No os hagais ilusiones. De Sevilla, de Málaga, de Barcelona, de Valencia, vienen terribles quejas y censuras por la desorganización introducida en las escuelas con visitas de fantochería y... de dietas, y esas quejas se unen á las que en Madrid lanza al Magisterio pidiendo á alguien que pronto acabe tanta osadía, tanto trabajo de piqueta demole-dora, que no puede ser continuado con obra de construcción, de progreso, porque los que destruyen son seres ineptos, pero engreídos, que sólo quieren vivir y medrar, aunque sea sobre ruinas.

ALMANAQUE DE LA INQUISICION POR EL MOTIN

Precio: UNA PESETA

Contiene los trabajos siguientes:

Advertencia.—Dedicatoria.—Efemérides sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

LIBROS Á DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

EL MOTIN



Jerónimo de Praga en el tormento.

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LECCION XXXVII.—LA IGLESIA Y EL PUEBLO.—DEL SISTEMA SOCIAL CRIS- TIANO.

1. PADRE.—¿Qué sistema social resulta del Evangelio?

Hijo.—Parece que Cristo no creyó en la duración de la Humanidad, ni sospechó la conversión de los Estados á su doctrina. Por esto no se halla claro su sistema social y de familia.

2. P.—¿Cómo concibió, pues, la sociedad cristiana?

H.—Como un partido de oposición que siempre estaría sometido á la persecución y nunca ejercería autoridad.

3. P.—¿Cómo lo entendieron los primeros cristianos?

H.—Practicando el comunismo en la propiedad y declarando incompatibles con el cristianismo la milicia, la magistratura y la soberanía política.

4. P.—¿Hay hechos que comprueben esta afirmación?

H.—Sí, señor: toda la historia de los primeros siglos.

5. P.—¿Qué juicio sintético puede formarse sobre la historia eclesiástica en general en este punto?

H.—Distinguiendo en la Iglesia en general, y en sus núcleos nacionales en particular, su fase de persecución y de ilegalidad, y entonces predica igualdad, justicia y fraternidad para igualarse ante el derecho con los demás, trayendo las máximas democráticas cristianas. Y la fase de su dominio y privilegio, en que invoca las teorías clericales judías y las injusticias todas de la ley, para aumentar y extender su tiranía. Esto es: anarquista desde abajo, contra los tiranos; y despótica desde arriba, contra los pueblos.

6. P.—¿Cómo verifica su anarquismo contra los soberanos que no se le someten?

H.—Difamándolos ante sus vasallos y ante los Estados contiguos excitando contra ellos el desprecio; excomulgándolos como reos de religión y diciendo que los vasallos quedan exentos del juramento de fidelidad; destronándolos si puede, para tratarlos con el escarnio que hizo del conde de Tolosa y del emperador Federico en Canosa, si se le rinden, y si no se le rinden, apelando si es preciso á los regicidios, como con Enrique IV de Francia, á cuyos atentados la Curia Romana llama *tiros de la Providencia*.

7. P.—¿Cómo verifica su despotismo?

H.—Consagrando á los tiranos, atribuyéndoles origen divino, aterrorizando los pueblos con los terrores religiosos para que soporten la iniquidad; excomulgando á aquellos que combaten á sus consagrados y divinizándolos en los templos y ceremonias, tronos y altares á guisa de dioses.

DE LA ENSEÑANZA SOCIAL

8. P.—¿Qué me dices de la Instrucción que la Iglesia da al pueblo?

H.—Hay que distinguir también en ella el trabajo de algunos hombres cu-

yo altruismo la Iglesia no pudo destruir, fundando obras realmente benéficas ó instructivas, y la acción de la Iglesia en explotar la labor y crédito de estos hombres para monopolizar la instrucción y hacerla nuevo instrumento de tiranía.

9. P.—¿De modo que no hay uniformidad en esta acción de la Iglesia?

H.—Tanto no la hay, que los Papas ahora comprarían por muchos millones los ejemplares de libros quemados en Efeso por San Pablo, de igual modo que paga á peso de oro las estatuas de los dioses paganos que los católicos de otros tiempos destruyeron.

10. P.—¿Ha sido tan grande el cambio de la Iglesia en esto?

H.—Tan grande, que hoy el Papa daría los mejores Cristos por la estatua de la Venus de Milo, y muchos libros de la Escritura por obtener un documento egipcio.

11. P.—¿Por qué muestra la Iglesia tanto empeño en apoderarse de la Instrucción?

H.—Porque sabe que el niño de hoy es el soldado, el maestro, el propietario y el magistrado de mañana, y en el colegio y la escuela los prepara para servirle á ella más tarde, llevándoles al destino que le acomoda.

12. P.—¿La instrucción que da, es honrada?

H.—No, señor; porque obliga al maestro á hacer creer al niño ignorante que el maestro sabe la certeza de los dogmas; de modo que el niño cree lo que el maestro le dice, más que por comprender la razón y verdad, por creer que el maestro enseña todo lo que honradamente sabe. Y como esta ciencia del maestro religioso es fingida, ó es una creencia de razón ignorada, resulta que la fe del niño es falsa y se abusa de su credulidad para fines deshonestos ante la moral intelectual.

13. P.—¿Ha conseguido siempre su objeto inmoral la Iglesia?

H.—No, señor; por más que ha hecho, no ha podido extinguir en el hombre el instinto de sinceridad y la honradez de conciencia, por lo cual muchos de los educados por ella se levantaron contra ella al descubrir el engaño, proclamando herejías, produciendo cismas y fomentando las revoluciones que la están desterrando de los Estados.

14. P.—¿Sabrías citarme algunos nombres principales?

H.—Su lista se halla en el *Índice* de libros prohibidos de Roma. Voltaire fué al curso de los jesuitas; Castelar fué al de los escolapios, y en general, los intelectuales modernos enemigos de la Iglesia, han sido educados por ella, que no ha logrado corromperlos del todo ni pervertirlos.

SOCIALISMO CATÓLICO

15. P.—¿Qué se propone la Iglesia con sus obras de carácter popular?

H.—Formar un partido que defienda al clero en sus exacciones, impedir el progreso del socialismo que ha de acabar con ella, dividir las fuerzas populares y obtener que los mismos hijos del pueblo, víctimas de sus tiranías, salgan á combatir los otros hijos del pueblo que luchan por acabarlas.

16. P.—¿De qué medios se vale para seducir al pueblo?

H.—Deslumbrándole con el relato de las bellezas antiguas de los mártires y

de los santos, para no dejarle ver las maldades secretas presentes; exhibiendo los bienes que le distribuye como limosna, ocultando los conductos por donde el clero sacó del mismo pueblo aquellos bienes, cuya mayor parte detenta; presentándose como autora del bien y de la justicia, ocultando sus crímenes y maldades; presentándose como víctima de los Estados cuando éstos cortan las garras de su ferocidad; como despojada de lo suyo, cuando cortan los medios de estafa ó confiscan sus bienes fraudulentamente adquiridos; como calumniada, al verse acusada; como mansa corderilla que sufre paciente el agravio, cuando se ve convicta de crimen.

17. P.—¿Y cómo excita el odio contra el pueblo socialista?

H.—Haciendo creer á los suyos que el socialismo es una secta contra Dios y contra Cristo, enemiga del bien y de la verdad, criminal en sus propósitos, villana en sus procedimientos y execrable en su origen, y que debe ser destruida como peste de la Humanidad.

18. P.—¿Cómo organiza las fuerzas sociales contra el pueblo?

H.—Excitando los terrores y venganzas de los soberanos, excitando represiones, aliándose con las clases privilegiadas por el atraso de las leyes, y enfureciendo todas estas fuerzas contra los campeones de la causa social y sus secuaces, estableciendo el que Cristo llamaba *Poder de las Tinieblas*, ó sea, de la Intriga y de las malas pasiones de los poderosos contra los débiles.

19. P.—¿Por qué combate con tanto ahínco la Iglesia el socialismo?

H.—Porque ha visto que la ola socialista avanza poderosa en todo el mundo, estableciendo un poder internacional que estará en todas partes y la batirá en todas ellas, acabando para siempre con la Hipocresía católica.

S. P. O.

(Continuad.)

Ejercicios piadosos

En el colegio de jesuitas de Camposancos (considerado por muchos como guarida de conspiradores lusitanos) se está enseñando el ejercicio militar á cerca de 200 alumnos que allí cursan sus estudios. Con uniformes apropiados y fusiles de madera aprenden el manejo de las armas.

Interrogados los frailes, dicen que en vista de que va á establecerse el servicio militar obligatorio quieren que sus alumnos vayan ya instruidos en el servicio de la Patria.

Cuando estaba en su apogeo la campaña de los monárquicos portugueses, hará un mes ó dos, todas las noches iba al convento un automóvil grande con los faroles apagados, y según de público se decía, conducía fardos y personajes desconocidos para el colegio.

Tal vez en estos fardos viniesen los fusiles... de madera para los chicos, y los personajes serían los profesores.

Las autoridades no estaban en casa.

La lámina de hoy

Carácter audaz y temerario, vasta inteligencia, palabra elocuente y entusiasta, tales eran las cualidades salientes de Jerónimo de Praga, doctor en Teología, aunque seglar, admirador y discípulo de Juan Hus.

Cuando su maestro fué preso, trató él de ir á Constanza á responder á sus adversarios, y fué preso en Hirasó, de donde fué trasladado á la prisión de Saltzbach, hasta que fué reclamado por el Concilio.

Entró Jerónimo en Constanza amarrado, en una carreta y rodeado de soldados: el día que compareció ante la Cóngregación general de los miembros del Concilio, paseáronle por la ciudad cargado de cadenas.

Aquella misma noche lo trasladaron á una torre del cementerio de San Pablo, amarrando con las cadenas sus dos manos á una argolla puesta en un pilar.

En esta situación permaneció dos días, sin recibir otro alimento que pan y agua; mas cayó tan gravemente enfermo, que creyéndose próximo á morir, llama á un confesor.

Un año permaneció encerrado en aquella torre, hasta que el suplicio puso fin á sus días.

Se procuró por todos los medios que abjurara y arreciaron en los tormentos; y á pesar de tener los pies ulcerados horriblemente, metiéronlos en un cepo más altos que su cabeza, lo que le obligaba á tener cuerpo y cabeza en una posición violenta y penosísima, y en tal estado propusieronle el dilema, ó de abjurar ó de ser quemado vivo.

Condenáronle por fin á muerte, y condujéronle al suplicio rodeado de soldados, y con una coraza de papel llena de imágenes de demonios.

Cuando llegó al sitio donde Juan Hus había sido quemado, cayó de rodillas y oró con gran fervor, hasta que los verdugos se apoderaron de él, y lo amarraron al mismo poste donde había sido atado su maestro.

Viendo á un pobre labrador que llevaba un haz de leña para su hoguera, se sonrió y dijo: «¡Oh, santa simplicidad! El que abusa de ti, es aún más culpable que tú.»

Cuando el verdugo encendía la hoguera por detrás, sin duda por no encontrarse frente á frente con él, Jerónimo le dijo:

—Adelante sin miedo; que si yo lo tuviese no estaría aquí.

Cuando las llamas se apoderaron de sus escuálidos miembros, exclamó en lengua bohemia.

—«Señor, ten piedad de mí, y perdóname mis pecados: tú sabes que siempre he amado la verdad!»

Tales fueron las últimas palabras del primer discípulo de Juan Hus que pereció en la hoguera.

Cuando las llamas carbonizaron su cuerpo, llevaron desde la prisión cuan-

to le había pertenecido ó había usado, y arrojándolo al fuego, fué reducido á cenizas, y como las de Juan Hus arrojadas al río, á fin de que sus sectarios no las convirtiesen en reliquias, haciendo de ellas un objeto de su culto; lo que no pudieron impedir del todo, porque llevaron á Bohemia y guardaron como cosa sagrada la tierra sobre que su suplicio se había verificado.

Pérdida lamentable

No tengo tiempo para leer todos los periódicos; hay días que no leo ninguno; tanto me abruma el trabajo.

Hace cuatro ó cinco días, decía Bonafoux en una crónica de *El Herald*, que «el español que trabaja, parece que ha venido al mundo á trabajar por sí, y por los españoles que no trabajan.» Y me vi retratado. El día que menos, trabajo catorce ó quince horas, y ¿estaré enviado? siento no haber trabajado más. El vicio del trabajo es el que más domina al hombre.

Afortunadamente, en España hay pocos viciosos de este género. Y digo afortunadamente, porque no se podría salir á la calle de otro modo: estarían desiertas.

Y en mí no tiene explicación este vicio del trabajo. Precisamente porque Dios le dijo al hombre: «ganarás el pan con el sudor de tu frente», debería yo no dar plumada, en vez de someterme humildemente á esa sentencia que no cumplen curas, frailes y demás gente ordinaria.....

—¿Y á qué viene todo esto? se preguntará alguno. Pues viene, á que por no tener tiempo para leer todos los periódicos, no me he enterado á tiempo de la muerte de D. José Concheso de Goya.

¿Que quién era? No voy á decirlo yo, pues parecería interesado el elogio. Cedo la palabra al periódico *El Noroeste*, de Gijón:

«Joven aún, y conservando hasta los últimos momentos de su vida el entusiasmo y las energías que prestan á los grandes corazones el amor á un ideal, cuanto más lejano más querido, acaba de rendir su tributo á la Madre Tierra un gran luchador; un hombre honrado que dedicó buena parte de su vida á inculcar en el alma de un pueblo supersticioso y atávico por tradición la savia de los ideales modernos.

Gracias á él, Laviana, antiguo feudo del carlismo, llegó á ponerse á la altura de los pueblos modernos que buscan en un más allá la realización de aspiraciones democráticas fruto de los tiempos que corremos.

Era un republicano y un anticlerical honrado que sabía inculcar en los demás sus propias ideas; no con la brusquedad del fanático, sino con la persuasión del que fía á la razón serena el triunfo de una causa.

Laviana pierde con D. José Concheso de Goya un gran elemento de progreso, y los demócratas asturianos todos un

eficaz propagandista que con su labor silenciosa, pero infatigable, consiguió liberalizar á toda una comarca donde el liberalismo fué por mucho tiempo planta exótica.»

Hablando al día siguiente de su entierro, dijo el mismo periódico:

«Ayer se verificó en Laviana el entierro de este grande hombre, que dedicó su triste vida á luchar por la justicia y por la libertad.

La noticia de su muerte produjo, como no podía menos, dolorosísima impresión en todos estos valles, donde el nombre de Concheso era pronunciado con respeto profundo y hasta con veneración.

Ocurría con D. José Concheso lo que con los hombres superiores. Su popularidad no era adquirida en las luchas ruidosas de la calle, en la propaganda ardorosa de los mítins, en los actos esos populares donde el hombre luchador y ardiente se destaca haciéndose aclamar por las muchedumbres.

D. José Concheso, personificación justa de la modestia misma, laboraba desde su casa, y únicamente, cuando en nombre de sus ideales de libertad intervenía directamente en la contienda, lo hacía tan libre de apasionamientos, tan fría y serenamente, con tal grandeza de alma, que sus palabras, más que una arenga á los amigos, parecía un noble y razonado consejo á sus adversarios.

¡Pobre Concheso! Herido de muerte desde hace muchos años, se le veía ir cediendo poco á poco, entregando lentamente aquella preciosa vida, que al fin rindió ya su triunfo á la madre tierra.

Nosotros, que le conocíamos de cerca, sabemos de lo que era capaz este hombre justo y grande, todo corazón, lloremos su muerte y le rendimos el triste homenaje de nuestra admiración y nuestro recuerdo.

¡Descanse en paz!»

A continuación describió el entierro en el cementerio civil, que fué grandioso por el número y las entidades representadas, y que demostró lo mucho que respetaban todos y querían á Concheso.

Ma enorgullezco de que el partido cuente con hombres á quienes juzgan así sus adversarios políticos, y envío á su familia mi pésame.

El Código de la brujería (1)

En uno de los «Recuerdos históricos» anteriores hemos recordado que la Iglesia inventó las brujas y los brujos para no dejar morir la fe, en una época en que el pueblo no veía en la religión nada práctico y necesitaba presentarse como un poder salvador.

Creó primero la brujería para librar á los fieles de ella, así como Juan de Robres creó primero los pobres é hizo después el hospital.

He aquí, ahora, cómo procedió la Santa Madre Iglesia para reprimir y

(1) Los documentos referentes á la expulsión de los inquisidores de Cataluña, se hallan en los archivos de la Municipalidad de Barcelona.

combatir lo que ella misma había fomentado é inventado.

Es sabido que la Inquisición no pudo arraigarse en Cataluña. Los Condes de Barcelona perseguían á los inquisidores como criminales. En los demás puntos de España hacían los obispos las quemas por su cuenta, pero sin organización alguna. Igual ocurría en otros países europeos. Por esto el Papa Inocencio VIII extendió en 1484 á toda la cristiandad la purificación por el fuego. El bautismo era impotente, según la Iglesia, para hacer al hombre refractario al diablo (brujería).

La famosa bula «Summis desiderantes» añadía á los poderes de los familiares de la Inquisición el de perseguir á todos los que creyeran ellos autores de «sortilegios, como si fueran herejes.» Las reglas por las que debían guiarse, eran las mismas.

Una larga enumeración de maleficios acompañaba la bula. Entonces fué cuando se organizó la persecución de los brujos por toda Europa. A instancias de la Santa Sede, Jacobo Sprenger y Enrique Institutos, redactaron su famoso «Malleus malleficarum», código que fué sancionado por el mismo pontífice Inocencio, por el emperador de Alemania y por la Facultad de Teología de Colonia.

El «Malleus malleficarum» es el libro que corona toda la serie de manuales penitenciarios, de confesores y de inquisidores, presentándose como un faro que llegara á alumbrar la sabiduría, hasta allí oscura, de los tribunales del Santo Oficio.

Está escrito con un aplomo que aturde. Las barbaridades y estupideces que en él se consignan, vienen afirmadas con una serenidad y un cinismo que aplasta. El «Malleus» asevera de plano, y nada más. Las pruebas no son necesarias para condenar, pues con el diablo no se discute. A lo sumo acude á textos de los Santos Padres ó de los libros Sagrados, vengan ó no á cuento, con la seguridad de que tal cita nebulosamente expresada y explicada no ha de tener vuelta de hoja.

Sprenger no se para en barras. Para él, la duda más leve constituye heregía. Es una maravilla tal libro; en él se explica todo. El nombre del diablo; la naturaleza de éste; las formas que toma ó hace tomar á sus afiliados; cómo procrean; por qué existen más brujas que brujos; cómo los demonios entran en el cuerpo humano; maneras de evitarlo; cómo se les ahuyenta; uso de las reliquias contra los diablos, y un sin fin de cosas, que parece mentira hayan sido creídas por seres racionales.

Es tan completo el libro en cuestión, que con él el juez no necesita ya de ningún otro Código. Son motivo de instrucción de procedimiento todas las denuncias, aunque sean sin prueba y de simple rumor público. Son admitidos á declarar todos los que se presentan, aún los enemigos personales del acusado, quien debe ser encarcelado en seguida. Aquí hay una infinidad de sutilezas para justificar la acusación. El juez inquisidor no está obligado á nombrar á los denunciadores. El acusado podrá tener defensor, el cual deberá defender sólo la persona del reo, pero no sus actos. Si los defendiere, será supuesto de complicidad.

La confesión del culpable será arran-

cada por la tortura, aunque esté convicto y la prueba sea plena. No se le sacará del tormento hasta haber obtenido la declaración de todas las circunstancias relativas á su delito.

«El Juez inquisidor podía prometerle la vida al acusado, con tal de que confesase completamente y denunciase á los cómplices, sin que venga obligado á cumplirle la promesa luego (Textual).»

La tortura será continuada cada tres días, y el Juez inquisidor tomará las precauciones necesarias para que el efecto del tormento no sea neutralizado por algún talismán escondido en alguno de los huecos del cuerpo. Si fuere mujer, el inquisidor no la mirará, para que la compasión no le domine obligándole á declararla inocente ó á no torturarla lo necesario. Después de cumplidas todas estas formalidades, el reo será entregado al brazo secular para que lo queme sin remisión.

Los bienes que tuviere, serán repartidos entre el acusador ó acusadores y los individuos del tribunal. Este es el Código que rigió en Europa para el enjuiciamiento de los supuestos adeptos del Diablo.

La Santa Sede lo había aprobado á mayor gloria de Dios y exaltación de la fe católica.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Noviembre 1911.

Un rayo extraordinario

En Huici, un pueblecito de la montaña de Navarra, descargó al alborear el 30 del mes pasado una tormenta espantosa.

Esta tormenta, como todas las tormentas de su categoría, volcó sobre el pueblecito verdaderos torrentes de agua y asordó á los aterrados vecinos con fragorosos truenos.

Fué, en suma, una tormenta de gran espectáculo, igual que todas las tormentas que tienen en alta estima su calidada de fenómenos naturales amedrantadores y nocivos.

Lo que la distinguió de las demás tempestades fué la travesura y el brío de uno de los rayos que disparó sobre Huici.

Este rayo extraordinario horadó al caer la techumbre de la iglesia, pasó á dos metros del altar, sin meterse con el cura, que decía la misa del alba, y que no perdió el valor, y, atravesando la iglesia, metióse en la sacristía, destruyó los cristales, chamuscó las paredes, inició un respetable incendio, y salióse, por fin, de la iglesia, en vista de que el cura continuaba rezando y de que los fieles, muertos de pavor, no decían ni pío.

Al salir derribó una esquina del tejado, desprendiendo un bloque de sillares que pesaba muchas arrobas, y satisfecho del estropicio se coló en la escuela, agujereando una pared, y rompió varios pupitres y desventrò la tubería del agua.

Fuera de la escuela, y cada vez más potente y más entusiasmado, penetró el muy jacobino en la casa parroquial y tumbó varios tabiques, derribó é incendió la biblioteca, quebró los cristales y, huroneando en la alcoba del cura, sollamó el lecho del santo varón.

Después visitó tres casas más, rom-

piendo, asustando é incendiando; para despedirse le quemó el pie á un pobrecito niño, y harto, finalmente, de hacer barbaridades, se hundió en las entrañas de la tierra.

La prueba de que esta chispa ha sido la más asombrosa que haya caído jamás sobre España, es que cuatro de los edificios víctimas de su furor, la iglesia, la casa parroquial, la escuela y una casa, tenían pararrayos.

Heraldo de Madrid.

Dos mujeres

¡Las doce!

Ni bandadas de alondras al remontar el vuelo muévase con tanta prontitud ni lanza al viento notas tan alegres como las oficiales de la Sra. Agustina al abandonar el taller por espacio de dos horas.

¡Cuánto valen aquellos instantes! El amante espera en la calle: le han visto desde el taller, y por eso, llenas de alegría, arrojan las elegantes prendas que confeccionan y, dirigiendo al espejo una mirada llena de infantil coquetería, se precipitan por la amplia escalera charlando y riendo, empujándose y tropezando.

Son jóvenes, casi niñas la mayor parte; todas llevan la luz de la esperanza en los ojos y la fresca risa de la juventud en los labios y, sin embargo, bien escasos son los placeres que les ofrece la vida; todas recogieron por herencia el castigo de ganar el pan con el sudor de su frente y conocer de cerca el horrible espectro de la miseria; pero la juventud posee una luz que disipa todas las tinieblas, que presta alientos para soportar las amarguras de la vida y que transforma en paradisíacos jardines los más desiertos eriales.

El amor, encanto supremo de la existencia, brilla en los ojos de aquellas jóvenes y hace brotar la risa en sus labios, que solicitan el beso, preludio y término de la más grande dicha concedida por igual á todos los seres.

Una de aquellas jóvenes no grita, no ríe, no juguetea. Es joven y bella, pálida y triste; parece envuelta en un nimbo de dolor.

**

—Juanita—le dice una alegre rubia cuyo rostro parece escapado de un cuadro de Rubens—¿cómo está Luis?

—Todavía no está bueno—contesta la melancólica costurera—necesita tanto cuidado y gana tan pequeño jornal!

—¿No os ayudaba un poco la Sociedad de San Vicente de Paul?

—Sí; pero apenas supieron que no estamos casados por la Iglesia y que Luis es liberal, nos retiraron el miserable socorro que nos daban, y hoy no contamos más que con lo que yo saco del taller. Ya ves, casi nada.

—¿No os protegía también el cura de X?

—Y continuaría protegiéndonos si yo quisiera; pero me repugna el hombre que pone precio á su protección. Acaso sucumbiría al agradecimiento; pero al grosero pago de una caricia, no. Además, amo á Luis y tengo un hijo.

—No conciben esos miserables que una pueda ser honrada.

—¡Honrada! ¿Qué me importa la honra? ¿Qué soy yo ante los ojos de la sociedad más que una perdida? Si se muriera Luis, ¿qué sería de mí? Únicamente me tendería sus brazos el vicio. Lo que las gentes llaman virtud me rechazaría, como me rechaza la religión porque amo y soy a nada.

Y así sucedió. Luis faltó de cuidados sucumbió poco tiempo después. Juanita fué pasto del vicio, como lo fué después su hija. La sociedad no impide la caída. Se limita á hacerla más dolorosa.

«¡Sé piadoso!», dice la religión. «¡Sé honrado!», dice la sociedad.

—¡No puedo!—contesta el hombre.—La miseria me empuja, la falta de colocación me quita la energía. Enseñadme, dadme pan y trabajo; soy vuestro hermano; así lo decís en el pulpito los unos y en todas partes los otros. Yo amo la justicia, quiero constituir una familia, contribuir al bien general. Soy una fuerza que quiere sumarse á las que realizan el progreso; pero si me abandonáis, lucharé contra vosotros, seré vuestro peligro constante, vuestra eterna mancha; caeré porque sois más fuertes, pero algún día se me hará justicia.

La sociedad sigue su marcha. El cura masculla sus rezos, los políticos pronuncian discursos, los burgueses y los potentados gozan los placeres de la vida y el esclavo arrastra su cadena.

¡Criminales los que caen por la ignorancia y la miseria!... ¡Viciosos los débiles y abandonados!... ¡Virtuosos los egoístas y los falsarios!...

Como sombras misteriosas y tristes van agrupándose en el coro las religiones.

Soñolientas, cantan maquinalmente himnos latinos de los que ni una palabra entienden.

Unas se acogen al amor divino y en éxtasis eróticos pasan la vida soñando; entontecidas otras pierden hasta la facultad de pensar; algunas...

Sor Luisa no canta como sus compañeras. Con la frente inclinada sobre el pecho, sueña.

Su cuerpo se extremece en espasmos voluptuosos y su espíritu vuela lejos del sombrío recinto del convento. El pecado la acaricia, anida en su corazón y domina en su espíritu. ¡Dicha infinita la de pecar consumiendo la juventud entera en un solo pecado!

Ahora, manchado su cuerpo de virgen, ¿con qué derecho cerrar al alma virgen que gime en un cuerpo prostituido?

Tu religión te enseña que el cuerpo se pudre en el sepulcro mientras el alma vuela al cielo; ¿quién más pura? ¿Tú, que soñabas placeres mientras cantabas himnos á tu Dios, ó la que entregaba su cuerpo entre gemidos y llantos, soñando amores honrados y puros, imposibles para ella?

¿Quién yace más prostituida, la que vende su espíritu ó la que comercia con su cuerpo?

Pero ni una ni otra son responsables de su pasado, porque no puede la desgracia confundirse con el crimen.

J. AMBROSIO PÉREZ

EXAMEN

Entra el examinado. Un chicarrón muy colorado y muy sordo. El profesor le contempla un rato. Los estudiantes que están sentados detrás de él le dicen en voz baja:

—No te apures; ya se te apuntará.

Pero como es sordo, no oye más que la mitad de las palabras que le dicen.

¡Pobre Tomás!

No ha dormido en toda la noche, pensando en qué le preguntarán. Sus padres han venido á Zaragoza desde Cuarte á ver cómo sale.

—Como salgas mal, te mato á pellizcos—le ha dicho su padre.

—Como le des un disgusto á tu padre, te mato á tozaladas—le dijo su madre.

Y el chico está aturdido, medio muerto.

El profesor quiere sacarle adelante, porque le ha escrito una carta de recomendación muy fuerte el coronel de la guardia civil, que está de huésped en casa de los padres del chico y es además primo carnal del profesor supradicho.

El muchacho está muy sofocado; tienen las orejas coloradas como pimientos.

—Vamos á ver, vamos á ver; no se apure usted, joven. Tenga usted calma y responda con serenidad á lo que voy á preguntarle. ¿En qué año murió don Jaime I?

El chico, después de moverse de derecha á izquierda como si estuviera en un barco:

—¡Jaime I dice usté?

—Sí; Jaime I.

Silencio y balanceo.

—¿Jaime I dice usté?

—Sí.

—Que ¿en qué año murió?

—Sí.

—El mismo año que lo enterraron!

—Muy bien. No hay que apurarse.

¿Qué sabe usted de los Felipes de la casa de Austria?

—¿De los Felipes?

—Sí; vamos, recuerde usted, saldrá.

—Pues mi tío Felipe, el fosero, está en el camposanto de Ricla. Mi primo Felipe, el cestero, está con unas tercianas que se arde...

—Bueno, hombre, bueno; vamos á otra cosa.

El chico, volviéndose hacia los compañeros, que se ríen:

—Sí; ríros, ríros, samarugos. Bien podíais ayudar un poco.

El profesor con acento paternal:

—Vamos á ver, vamos á ver... ¿Cómo se llamaba el rey moro aquel de Granada? Esta lección se la sabía usted de memoria en el curso...

Los chicos, apuntándole:

—Alhamar.

El examinando muy decidido:

—¡Palomar!

—¿Cómo Palomar?

—Sí, señor, Palomar.

—Mire usted, joven; ya me va usted cargando con sus respuestas. A ver: ¿en qué año se realizó la conquista de Granada?

Los chicos apuntando:

—¡Mil cuatrocientos noventa y dos!

El muchacho resueltamente:

—El mil ochocientos noventa y dos.

El Profesor.—¿Ah, sí? ¿Entonces, tal vez la presenciaria usted?

—No, señor; estaba en los baños de Paracuellos con mi tía.

—¡Vaya usted á cavar, so sinvergüenza!

EUSEBIO BLASCO

Instrucciones excepcionales

Hader en su obra «Idea sobre la filosofía de la historia dice: «¿Cómo fueron convertidas las naciones paganas? Generalmente con el hierro y el fuego, con guerras de exterminio. De ahí aquellos piadosos cruzados cuyos despojos se repartieron los papas, los príncipes, los caballeros, los prelados, los canónigos y los sacerdotes. Todo lo que no pereció fué reducido á la esclavitud, y en ella, tal vez, languidece en nuestros días...»

A los ingleses se les trató de distinta manera. Los misioneros tenían orden de no contrariar demasiado las supersticiones paganas; tales eran las instrucciones dadas por el papa Gregorio el Magno á los misioneros ingleses.

«Hay que guardarse, dice en su Epístola XI, 76 tomo II, de no destruir los templos de los ídolos; conviene purificarlos y consagrarlos al servicio de Dios; porque, en tanto que la nación vea subsistir sus antiguos edificios de devoción, estará más dispuesta á frecuentarlos, por efecto del hábito, para adorar al verdadero Dios.

«Se dice que los hombres de esa nación tienen la costumbre de inmolar bueyes en sacrificio de sus dioses; conviene que esa costumbre se convierta para ellos en solemnidad cristiana; que el día de la consagración de los templos transformados en iglesias, así como en las fiestas de los santos cuyas reliquias ven allí colocadas, se les den construír, como han hecho antes, cabañas de ramas y follaje alrededor de esas mismas iglesias; que allí se reúnan, que lleven allí sus animales y que allí los sacrifiquen, no ya como ofrenda al diablo, sino para celebrar banquetes cristianos en nombre y en honor de Dios, á quien darán gracias después que se hayan saciado.»

Las conversiones, pues, eran aparentes, nada decían al alma. «Acomodándose al paganismo, dice un historiador, los misioneros facilitaban las conversiones; pero el espíritu pagano subsistía bajo formas cristianas.»

Tal ha sido siempre la táctica de la Iglesia.

Donde no era la más fuerte, transigir.

Donde lo era, dominar, perseguir, quemar...

No puede vivir de otro modo.

COSAS QUE HE DICHO

La minoría republicana, por boca de un diputado jesuítico y melenudo, ha propuesto, para cubrir el déficit que dejaría la supresión de los consumos, reducir en 20.000 hombres el contingente del Ejército. Los periódicos militares han puesto á la minoría que no hay por donde coger a.

Los palos que sobre ella han descargado han sido fuertes; pero bien los merecen aquellos que, á imitación del portugués del cuento, ofrecen al ejército perdonarle la vida si los saca del pozo.

Los republicanos que saben de números son terribles; saliéndoles bien las cuentas en el papel, ya creen que pueden actuar de estadistas.

¿Hay que suprimir los consumos? Pues fuera 20.000 soldados. Tantos á tanto, pues tanto. Total igual. «¿Si tendré yo talento?» se dirá cualquier aritmético de esa laya después de hacer esa operación.

Y ya en posesión del secreto ¿quién se para? ¿Que hay necesidad de construir un pantano para regar coles ó calabazas? Fuera otros diez mil soldados. Y así sucesivamente en todas las reformas que haya que hacer, hasta que á la República de Andorra se le antoje venir á conquistarnos para comerse las calabazas y las coles sembradas.

Voy creyendo que hay más tontos de los que siempre supuse y que, en vez de sesos, tienen puré de patatas en la cavidad craneana:

Pero con no hacerles caso...—1905.

El presupuesto de la República en 1873 era de pesetas 537.546.589, y con ellos había que atender á las necesidades de dos guerras.

El de la monarquía, después de un largo período de paz, era ya en 1887.88, de 940 pesetas.

Unanse á esto las cantidades desfalgadas por falsificaciones, pagos indebidos y otras irregularidades, y dígasenos si España no es el pueblo de más prudencia, paciencia y resistencia que existe.—1890.

Siguen repartiéndose en las cárceles de Valencia periódicos carlistas.

No les basta ya con los criminales que tienen libres y quieren reclutar más entre los presos.

¡Avariciosos!—1897.

Me pregunta un amigo de Bilbao qué pasos ha de dar una joven para abjurar del catolicismo sin necesidad de tomar otra religión.

Ninguno; dejar de ir á la iglesia, no rezar en casa, ni preocuparse para nada de los asuntos religiosos.

¿Que mañana se pone en peligro de casarse? Pues al registro civil. ¿Que tiene hijos? Pues ídem de lienzo. ¿Que se muere? Pues al cementerio de los disidentes. Y nada más.

Las abjuraciones no producen hoy efecto alguno, y resultan ridículas cuando las personas que las hacen no ocupan una posición muy visible por su talento, su historia ó su fortuna.—1905.

Como el avestruz que cuando ve cercano el peligro cree librarse metiendo la cabeza bajo un ala, así muchos republicanos se abstienen ahora de pensar en la gravedad de la crisis que atravesamos, más honda de lo que imaginan, pues se juega en ella el porvenir del partido.

Se trata de saber si lo viejo ha de seguir predominando ó si ha de imponerse lo nuevo; si los procedimientos que durante treinta años han impedido toda acción fecunda, van á ser sustituidos por otros más en consonancia con las necesidades de los tiempos actuales; si el partido republicano, en fin, va á continuar á merced de cuatro ó seis señores, secundados por unos cuantos que, á título de sensatos, sabios ó prudentes, vienen siendo rémora constante de todas las aspiraciones revolucionarias y sostén firmísimo de la monarquía, ó si, por deber y por dignidad, vamos á sacudir su vergonzoso yugo.

Sí; de esto y sólo de esto se trata.—1905.

Un maestro de escuela ha solicitado entrar en la guardia civil.

Será para prender al alcalde del pueblo, que tanto tiempo lo habrá tenido á dieta forzosa.—1882.

El sacramental Sr. Carrasco, preso en la cárcel Modelo, dicen que ha pedido que le lleven á la celda un Cristo y dos velas.

¡Pobre Cristo! ¡Siempre entre ladrones! Desde que destinó uno al cielo, todos se acogen á él en la tierra.—1894.

Si tomamos las ideas como medio para alcanzar personalidad, influencia ó provechos;

Si entramos en todos los convencionalismos que han traído á la nación al estado en que se encuentran;

¿Cómo diablos pretendemos gobernar, ni en qué podemos apoyarnos para pedir que se nos ayude á traer la República?

Si no ve España en nosotros hombres diferentes de los que la han perdido, ¿cómo va á fiarse de nosotros?

Esto es lo más triste de cuanto nos pasa.—1905.

Varios periódicos, y entre ellos alguno militar, censuran que el espada *Guerrita* haya sido obsequiado con un banquete en un buque de guerra.

Se olvidan de que en la actual situación el torero y el fraile son la persecución de la cultura y el progreso.—1894.

El día 10 fueron ahorcados cuatro anarquistas en Jerez, por crímenes inspirados por la miseria y ejecutados por la ignorancia.

Y el 11 se reunieron los republicanos en muchos puntos para celebrar banquetes inspirados en el amor al pueblo y consumados en nombre de la fraternidad.

El contraste es la ley de la vida: pero hay que convenir que en ocasiones la casualidad hace que resulte sangriento.

Hubiera yo preferido que no se celebrasen banquetes, á que se verificaran á raíz de suceso tan triste.—1892.

¿Qué ferviente monárquico es aquel que va en un coche á la estación de Cuenca á esperar al rey, rebosándole la satisfacción por todos los poros?

—El presidente del Comité municipal de la Unión Republicana.

—Y en aquella casa que ostenta vistosas colgaduras, ¿quién vive?

—El presidente del Comité provincial de Unión Republicana.

—¿Y en aquella otra, con colgaduras también?

—El vicepresidente del mismo Comité provincial.

—¿Y quiere usted, después de ver esto, que no caiga rendida?

—¿Quién? ¿La monarquía?

—No, hombre, la dignidad. Los monárquicos desdénan, y hacen bien, á los republicanos que no tienen el valor de sus convicciones, á menos que no se les presenten con la mano tendida en demanda de una limosna de consideración ó de influencia. Los que deberían poner coto á esto son los republicanos, invitando cortesmente á abandonar sus cargos, y hasta el partido, á los que obran de sa manera.—1905.

En Gijón hay pendiente una apuesta entre dos jóvenes de aquella localidad. Uno de ellos se compromete á comerse un *buey* en doce días.

Prueba que hace para ver si puede sentar plaza de fraile.—1887.

Tres señores, beatos recalcitrantes por las señas, abusaban por turno de una niña de once años en Barcelona, pagando espléndidamente á su madre.

Hecho de menos para este caso concreto los tiempos aquellos en que emplumaban á ciertas hembras y enviaban á remar en las galeras á ciertos machos.

Por que en estos, como tengan dinero ó influencia, nada les ocurrirá á esa tía ni á esos pecadores á escote.—1895.

Se presentó hace pocos días en la Diputación provincial de Vizcaya una mo-

ción pidiendo que no fuesen en adelante comisiones á saludar á la Regente cuando estuviera en San Sebastián, y la combatió el republicano y veterinario Sr. León.

Poned en cueros á ese republicano y de seguro llevará tres ó cuatro escapularios al cuello, regalados por los jesuitas de Deusto.—1899.

El Siglo Futuro, dirigiéndose á *La Unión Católica*:

—¡Arre!

La Unión Católica dirigiéndose á *El Siglo Futuro*:

—¡Sóool!

El Motín dirigiéndose á ambos:—

¡Pollinos, más cultural.—1885.

Entrétiénense en el Congreso en discutir dónde reside la soberanía.

Dónde residía en tiempos del cardenal Cisneros: donde la encontró la restauración borbónica: en los cañones.

Los diputados republicanos que se entretienen en discutir esto, pierden el tiempo.

La soberanía no se discute; se busca.—1891.

Hace cuatro meses que no se paga á las amas de la Inclusa de Jerez ni se abona la miserable cantidad asignada para alimentos á las intelices que sacan huérfanos de aquella casa. En cambio los jesuitas están construyendo una magnífica iglesia, toda de marmol y jaspé.

¡Y todavía se quejan los jerezanos! ¿Si querían tener iglesias de marmol y jaspé al par que bien alimentados á los niños de la Inclusa?

No puede ser: ó lo uno ó lo otro. 1898.

Tres chicos se subieron á la muralla que circunda la fábrica de Habilidades en Monelos (Curruña), para coger desde allí la fruta de un arbol.

Pero cara le salió la broma á uno de ellos, pues el dueño, respetable católico, disparó un tiro que lo derribó en tierra con varias heridas.

La propiedad es sagrada.—1885.

¿Con que es una vulgaridad decir que la represión fomenta las ideas perseguidas?

Siempre tan estúpida, *Unión Católica*. ¿A quién se le ocurre decir eso, sabiendo que el cristianismo debió á la persecución la fuerza que afortunadamente va perdiendo ya?

Los vapores de la digestión van á acabar con la poca inteligencia que tenías.—1884.

Hay momentos en que siento náuseas. No se puede impunemente revolver basura.

Y en esos momentos viene á mi memoria la escena aquella de *Los Miserables*,

en que Juan Valjean atraviesa el alcantarillado de París cargado con Mario, á quien quiere salvar; pues algo parecido me ocurre al empeñarme en hacer triunfar la idea de unirnos para una acción común á través de los baches formados por el personalismo, la ambición pequeña, la envidia rastrera y la impotencia que se cree apta para engendrar.

Ruda es la labor, mas la seguiré hasta terminarla, ó hasta que nos hundamos todos en la sustancia que asfixiaba á Juan Valjean en el alcantarillado.

Porque en esto sí que no hay duda: ó nos unimos todos, ó los más al menos, para delegar en un hombre nuestros poderes, ó nos vamos todos á... á...

¡Pues allí!

Y allí nos ahogaremos suciamente, abrumados bajo el peso de nuestros principios immaculados (?) nuestros programas salvadores (?) nuestra consecuencia inquebrantable (?) nuestra bandera gloriosa (?) etc., etc.

¡Y lo que se apenarán los monárquicos al ver cubiertas de materia fecal tantas ideas sublimes (?) tantas cosas venerandas (?) tantos hombres ilustres (!)...

Dirán en tono de burla:

«¡Oh, mundo, mundo! ¡A donde van á parar tus grandezas!»—1902.

Un periódico de Valencia habla de una irregularidad cometida en un depósito judicial que se hizo en uno de los juzgados de aquella ciudad.

Ni la misma Justicia puede poner hoy una peseta al abrigo de las uñas que se estilan.

Al ver lo que crecen, se diría que la espada de la ley no sirve para cortarlas.—1888.

Una peregrinación de diez mil borregos y borregas de Cristo llegó á Santiago para pedir al apóstol el triunfo de nuestras tropas en Cuba.

Supondré que el apóstol no les ha hecho caso, si muy pronto no veo exterminados á los mambises por repetir él la milagrosa hazaña realizada en la batalla de Clavijo, cuando reventó á la morisma montado en su famoso caballo blanco.—1896.

La comisión provincial de Granada ha obsequiado al gobernador civil con butacas, alfombras y colgaduras, por valor de *sesenta mil reales*.

¿No están las butacas construidas con huesos de jornalero, las alfombras con pelo de obrera y las colgaduras con pieles de niños?

Pues no resulta de circunstancias el regalo.—1886.

Flores que un periódico neo de Burgos vomita sobre los redactores de *El Progreso de Castilla*:

«Insolentes, impíos, blasfemos, corrupciones vergonzosas, desvergonzas-

dos, deshonra, afrenta, cáncer hediondo, cínico y bárbaro escrito, inmundas sabandijas, impiedad rabiosa, conspiración inicua y desvergonzada, vil meretriz, inmunda divinidad, ebrio, lupanar creado, regidos y gobernados por la diosa Razón, verdugos, gargantas que semejan un sepulcro hediondo, eruptos, manonegras, mentiras... Además, llama al rey de Italia, Víctor Manuel, sayón, ladrón, sicario, lascivo, verdugo, esperpento, etc., etc., etc.»

Pero qué remonísimos son los clericales...

¡Y qué sinvergüenzas!—1883.

El republicano es un gran edificio; pero como hace tiempo amenaza ruina por varios lados, venimos poniéndole puntales que su misma grandeza hace ineficaces; urge repararlo con solidez que desafíe al tiempo.

¿Podemos? A la obra. ¿No? A derribarlo. Y una vez en el suelo, como se construyó con excelentes materiales y están muchos todavía en buen estado, á escogerlos y á hacer un gran edificio á la moderna.

Lo cuarteado, lo podrido, lo inútil, al hoyo de los escombros; lo sano, lo resistente, lo útil, á la edificación.

Sólo de esta manera podremos salvarnos.—1896.

Un conservador ha vendido en dos mil duros el texto del tratado con los Estados Unidos, y la opinión pública se ha escandalizado.

Yo no; el hecho se ajusta perfectamente á las prácticas de ese partido.

Sin esas ventajillas, ¿quién cargaría con el sambenito de que le llamaran conservador?—1885.

En cuatro meses se han cometido en los presidios de España nueve asesinatos y ha habido ciento setenta fugas.

Siempre fueron los conservadores tolerantes con las gentes de presidio; unas veces prodigándole indultos, y otras, como ahora, preocupándose poco de que se escape ó distraiga sus ocios esgrimiendo el cuchillo.—1891.

Los concejales republicanos madrileños han acordado no aceptar ningún puesto en tenencia, comisaría ó comisión.

Mal hecho. Deberían ocupar los puestos de más trabajo, de más responsabilidad y donde fuera preciso desplegar más inteligencia, para demostrar sus indiscutibles condiciones de actividad, honradez y talento.

O lucha legal con todas sus consecuencias, ó á la revolución.—1891.

Cuando los partidos están durante años y años sometidos á la voluntad de un hombre, carecen de fuerza y vigor para redimirse por medio de una protesta salvadora.—1892.

La preocupación de que se imponga ésta ó aquella tendencia después del triunfo de la República, impide hoy á algunos apoyar la idea de reunirnos todos para delegar en un hombre que nos represente. Temor injustificado y previsión pueril, que están sosteniendo la monarquía desde hace muchos años.

Hablar de derechos y deberes huelga ahora. Ante los males de la patria y la necesidad de remediarlos, ante la labor negativa de un cuarto de siglo, los republicanos sólo tenemos un *derecho*: el de cumplir con nuestro *deber*. Y nuestro deber se reduce á unirnos para trabajar por el triunfo de lo que nos es común.

Se comprendería que todos reclamáramos el *derecho* de ser los primeros en el sacrificio; que tratáramos de anticiparnos á la hora de las abnegaciones. ¿Pero creernos en el *deber* de sacar á flote un principio del credo respectivo oponiendo así dificultades á la unión de todos? Esto no tiene nombre más que en el vocabulario de las necedades, de las cosas chicas, de los egoísmos microscópicos.

Elevémonos un poco sobre estas miserias, y lo demás nos será dado por añadidura.—1902.

Un hermano ácrata, Rafael Arribas (*el Malagueño*), se sintió Caín en Gijón, y destrozó varios departamentos de la zalea á un Abel socialista, llamado Enrique Fernández.

La fraternidad obrera, las heridas, el árnic y los vendajes se confundieron allí en dulce consorcio, cual suele ocurrir á menudo.

Nota atenuante:

La agresión fué por la espalda.—1902.

Las barberías han hecho al extranjero grandes pedidos de pelucas, bigotes, barbas y patillas para satisfacer las demandas de los frailes, temerosos de que se eche encima la tormenta.

Me parece muy natural que cada quisque mire por su libertad ó por su piel: el instinto de conservación es muy respetable.

Pero al mismo tiempo creo justo dar la voz de alerta á los radicales, para que, llegado el caso, no *reparemos en pelillos*.—1899.

Si los jefes no se unen, les haré guerra á muerte; que no merecen consideración alguna los que ponen sus parsonas sobre el partido republicano y no sacrifican nada en aras del bien común.—1892.

El porvenir del trabajador, según la acreditada firma del socialista Kandisky:

«En la sociedad socialista, todos los medios de producción estarán concentrados en manos del Estado y no habrá modo de escoger. Los actuales trabajadores gozan hoy de más libertad que la que tendrían con la sociedad socialista.»

Conformes de toda conformidad. Bo-

nito porvenir nos aguardaba si el socialismo triunfase, á los que por encima de todo ponemos la libertad individual.

Afortunadamente no hay ese peligro, por más que los embaucadores del obrero lo presenten como muy próximo.—1902.

España desea variar la forma de gobierno, mas no se decide á hacerlo por temor á que tomemos la democracia y la República como pretexto para destrozarnos.

Lo primero que debemos hacer, es unirnos para traer la República. Tiempo quedará luego para dividirnos en unitarios y federales y trabajar cada cual por el triunfo de su credo sin poner en peligro la existencia de la legalidad común.—1892.

En la calle de Calatrava en Valencia existe una capilla evangélica.

Venían introduciéndose á menudo en ella varios católicos y armando pequeños alborotos; pero el de hace tres domingos fué monumental.

Comenzaron á rebuznar de tal suerte, que hubo que suspender la ceremonia.

Por la tarde volvieron, quedándose algunos á la puerta para guardar las espaldas á los que maniobraban dentro.

Los transeúntes se enteraron, pusieron de parte de los atropellados, y entonces los católicos huyeron, soltando un cohete dentro de la capilla. Desahogos religiosos. Calvino y Torquemada no pueden decirse ante la Humanidad: *Más eres tú*.—1897.

No niego que el hombre puede arrepentirse de veras alguna vez; yo mismo, aunque por amor propio lo calle, lamentó algunos de mis actos.

Sin embargo, á veces me planteo este problema:

Dimas, el buen ladrón, se arrepintió cuando ya estaba crucificado, y no podía, por tanto, dedicar á los usos que hasta entonces su mano derecha, su izquierda, ó las dos. ¿Fué por verdadero dolor de corazón, ó por imposibilidad de volver á las andadas?

Y siento no acertar á resolver ese problema, porque me permitiría después juzgar con acierto á los actuales descendientes de Dimas, que lo imitan en lo del arrepentimiento cinco minutos antes de morir, pero sin devolver nunca lo robado.—1887.

«El mejor medio de conservar el hombre su libertad, es estar siempre dispuesto á morir por ella.»

Después de hacer constar que ese pensamiento es de Diógenes el Cínico, me permito mostrarme en desacuerdo con él.

Tal vez antiguamente fuera así, pero lo que es hoy...

Hoy la única manera de conservar la libertad, es robar mucho.

Y el que quiera convencerse, que busque por cárceles y presidios un con-

servador. ¿A que no lo encuentra?—1893.

Como se habrá observado, las discusiones de actas en el Congreso se han concretado casi á averiguar si el dinero entró como principal factor para obtener el triunfo.

Más que si hubo amaños, chanchullos y violencias, se ha procurado saber el tanto y el cuanto de las cantidades gastadas por cada diputado.

Lo único digno de aplauso en la comedia, ha sido la conciencia con que la minoría republicana ha desempeñado su papel, lo unida y compacta que ha acudido al escenario. Algunas tardes no todas, han llegado al fabuloso número de diez los votos republicanos.

De treinta... ¡diez!

Buen principio.—1905.

Se dice que va á formarse tribunal de honor á varios republicanos.

No entremos por ese camino. Sería una torpeza más que añadir á las muchas que venimos cometiendo, y se daría lugar á lamentables represalias.

Tengamos calma todos y procuremos cada uno influir para que se varíe la orientación que se sigue.

Este sería el mejor, ¿qué el mejor? *el único* medio de que todos se encerrasen en el estricto cumplimiento de su deber y de que la convicción impusiera á todos la disciplina, que no puede exigirse en los partidos populares sino ofreciendo altos y constantes ejemplos de abnegación, serenidad y desapasionamiento.—1905.

Hace años, en una ocasión en que los carlistas pretendieron alzar la cabeza, dijo Estébanez:

«No tienen ellos la culpa, sino los que nada hicimos en el poder y hacemos menos en la oposición para acabar con el carlismo.»

Parodio hoy esa frase en esta forma:

«No tienen la culpa los monárquicos de que España se vea como se ve: la tienen los que, á pretexto de salvar principios, cuando en realidad lo que tratan de salvar son sus personalidades, andan poniendo obstáculos á la reunión de una Asamblea de la que pudiera salir la unidad necesaria para emprender la acción un día.»

Preocuparse hoy de lo que será mañana la República, antójase ó una puerilidad, ó una manera hipócrita de oponerse á que venga.

Unámonos para traerla, y será lo que debe ser si en la obra ponemos la mano todos; y fuese como fuera, siempre representaría esto: la muerte de la monarquía.

Que es á lo que primeramente debemos aspirar todos, y á lo que decimos todos que aspiramos, por más que no todos demostremos que así sea.—1902.

IMPRESA DOMINGO BLANCO, - LIBERTAD, 31